

# La Ilustración Artística



AÑO XXXV

BARCELONA 18 DE DICIEMBRE DE 1916

NÚM. 1.825

OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA ALEMANA CONTEMPORÁNEA



MADRE E HIJA, retratos pintados por Juan Unger

Juan Unger es uno de los pintores alemanes que con más éxito se han dedicado al retrato de mujeres. Sus figuras femeninas, dentro de la realidad que en ellas preside, tienen cierto idealismo que les comunica especiales encantos, y están trazadas con singular delicadeza.

Prestan también gran realce a sus retratos los elementos decorativos que en ellos entran y que el artista sabe combinar con admirable acierto y conocimiento completo de sus respectivos valores.



# CHASSAIGNE FRÈRES

Fábrica: Valencia, 70, Teléfono, 6.407  
Exposición y Depósito: Paseo de Gracia, 38, Teléfono, 2.363

**PIANOS** de cola y rectos a cuerdas cruzadas — MASON & HAMLIN, Boston & New-York. — **Autopianistas** Chassaigue Frères; de 65 y 88 notas. Patente 50 277. Registro de melodía. — Guía rollos automático. **ARMONIUMS** Christophe et Etienne. — **Paris.** **ROLLS PERFORADOS STANDARD.** Inmenso surtido de las principales marcas. Representación y depósito de la notable marca **Rolla Artis.** Pianos de alquiler. Ventas al contado y a plazos.



Se fundieron las dos almas en un beso.  
Intervino en el idilio el dios travieso  
y se amaron con pasión y con locura,  
pues la bella usaba **Crema PECA-CURA.**

Jabón, 1'25; Crema, 1'75; Polvos, 2; Agua cutánea, 5 ptas.

Creación de la Casa **CORTÉS HERMANOS**

**BARCELONA**

**DICCIONARIO**  
de las lenguas española y francesa  
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA  
Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas  
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

**NO MAS VELLO**  
POLVOS COSMETICOS de FRANCH  
DEPILATORIO  
NO IRRITA EL CUTIS  
QUITA  
EL VELLO Y EL PELO  
MATA LA RAIZ  
PRECIO 2'50 P. M. BOTE  
EN TODAS LAS FARMACIAS Y PERFUMERIAS  
AL POR MAYOR BORRELL HERM. ASALTO, 52, BARCELONA  
SE VENDE POR CEBALDO CERTIFICADO, ANTICUANDO 3 P. M. 50



## CALDAS DE MONTBUY

Reumatismos, gota, anquilosis, escrofulismo, sífilis, neurosis, hemiplegias, parálisis, neuralgias, bronquitis, traumatismos, etc.

Instalación hidroterápica completa. — Servicio de cocina esmerado. — Grandes comedores con vistas al campo. — Salón, teatro, salas de tresillo, billar y escritura. — Gran parque, etc.

No confundir este Establecimiento con otros de la misma población.



**Renaud Germain**  
PERFUMISTAS

Nuevos extractos para el pañuelo  
**MÁGICO-LABERINTO**

Perfumes suaves e intensos.

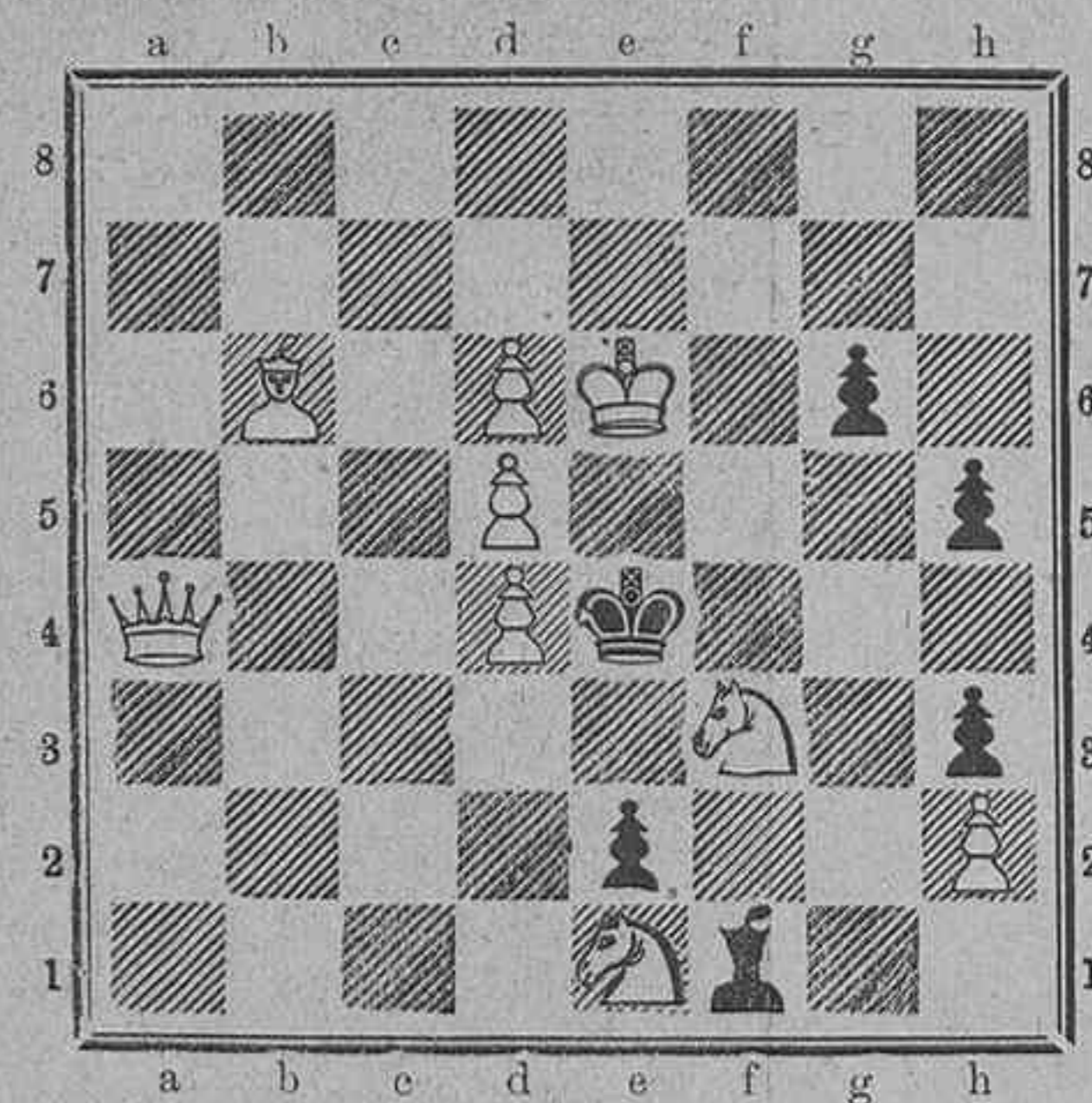
Barcelona



## AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 709, POR LASKER Y TEICHMANN

NEGRAS (6 PIEZAS)



BLANCAS (9 PIEZAS)

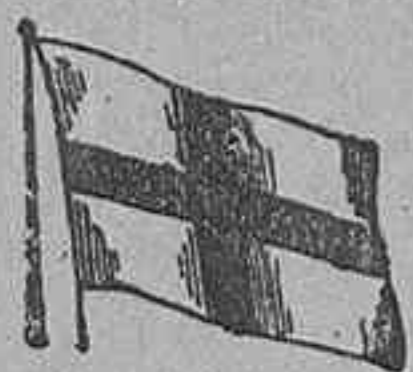
Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 708, POR G. HEATHCOTE

- |               |               |
|---------------|---------------|
| Blancas       | Negras        |
| 1. T h1-a1    | 1. g7-g6      |
| 2. A a8-h1    | 2. Cualquiera |
| 3. D oT mate. |               |

### VARIANTES

- |                |                  |
|----------------|------------------|
| 1... h2-h1 (D) | 2. D h8xh1, etc. |
| T a5xa1        | 2. D h8xg7, etc. |



VAPORES-CORREOS ESPAÑOLES

DE  
**Pinillos, Izquierdo y C.**  
S. en C. — CADIZ

Servicios a Canarias, Puerto Rico, Cuba, Estados Unidos, Brasil y Río de la Plata, saliendo de Barcelona, Valencia, Almería, Málaga y Cádiz

### FLOTA DE LA COMPAÑÍA

**Infanta Isabel, Catalina, Valbanera,**  
**Barcelona, Cádiz, Balmes, Pío IX, Conde Wifredo,**  
**Martín Sáenz, Miguel M. Pinillos**

47 075 toneladas Morson de registro total.

LINEAS DE LAS ANTILLAS Y ESTADOS UNIDOS. — Salidas fijas de Barcelona los días 5 y 20 de cada mes para CANARIAS, PUERTO RICO, SANTIAGO DE CUBA, HABANA, NEW-ORLEANS y GÁLVESTON, con escalas eventuales en MAYAGÜEZ, PONCE, MATANZAS y CIENFUEGOS.

SERVICIO RÁPIDO Y DE GRAN LUJO para PUERTO RICO y HABANA por el nuevo y lujoso vapor correo de 15.000 toneladas a dos máquinas y doble hélice, provisto de telegrafía sin hilos y de todos los modernos adelantos

### INFANTA ISABEL

Servicio rápido y directo para NEW-YORK, HABANA, NEW-ORLEANS y GÁLVESTON.

LINEA DEL BRASIL-PLATA. — SERVICIO MENSUAL RÁPIDO Y DIRECTO PARA SANTOS, MONTEVIDEO y BUENOS AIRES admitiendo carga y pasajeros para dichos puertos.

Espaciosos departamentos de lujo y de preferencia. — Espléndidos salones comedores, de lectura, música, fumoir, hall, bars, etc., etc. — Alumbrado eléctrico. — Telégrafo Marconi.

Consignatario en Barcelona:

**RÓMULO BOSCH Y ALSINA.** Paseo de Isabel II, núm 1, piso 1.º

SOCIEDAD DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS  
Y EXPLOSIONES A PRIMA FIJA

# LA CATALANA

CAPITAL SOCIAL

Subscrito. . . . 5.000.000 de pesetas  
Desembolsado. 1.500.000

Representada en toda España — DOMICILIO SOCIAL: Rambla de Cataluña, 15, y Cortes, 624 — BARCELONA  
Autorizado por la Comisaría General e Inspección de Seguros en 26 de Junio de 1909



# La Ilustración Artística



AÑO XXXV

BARCELONA 18 DE DICIEMBRE DE 1916

NÚM. 1.825

OBRAS NOTABLES DEL ARTE INGLÉS CONTEMPORÁNEO



RETRATO, grabado al agua fuerte por F. H. Townsend



## SUMARIO

**Texto.** — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Los ojos verdes*, por Arturo Mori. — *La guerra europea*. — *Madrid. Notas de actualidad*. — *El cabo Silvestre* (novela ilustrada; conclusión). — *La cacería regia en La Granja*. — *El ilustre escritor belga Mauricio Maeterlinck en Madrid*. — *Panamá. Juegos Florales celebrados en conmemoración del tercer centenario de la muerte de Cervantes y de la Fiesta de la Raza*. — *Travesía amor*, por B. Morales San Martín.

**Grabados.** — *Retrato*, grabado al agua fuerte por F. H. Townsend. — Dibujo de Tamburini, ilustración al cuento *Los ojos verdes*. — *La dama de la amatista*, cuadro de Carlos Shannon. — *Campesina sacando agua del pozo*, dibujo de J. F. Millet. — *La guerra europea*. — *Los dos Baumgartner*. — *Los cuatro apóstoles*, pinturas de Alberto Durero. — *Madrid. Notas de actualidad*. — *Panamá. Comisión organizadora de los Juegos Florales. La Reina y su Corte de Amor*. — *Retrato de la Srta. Elvira Quer*, pintado por F. Beltrán Masses. — *Navidad*, cuadro de A. Mas y Fondevila.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Vivimos en plena película, y un robo escandaloso, cometido en circunstancias que revelan en los culpables gran serenidad y maña, es el asunto de todas las conversaciones, y el tema de cien artículos, porque parece que se ha echado mano a los... iba a escribir *ladrones*, pero son tantos los eufemismos que ahora se estilan, que diré *sustractores* de Correos.

Desde luego, la calificación del delito es benigna: se reduce a *estafa*, a robo con engaño. Si la estafa es esto, estafa llamaremos al lindo escamoteo de una fuerte cantidad, contenida en varios pliegos de valores declarados.

Parecía al pronto que no danzaba en ello más que un ladrón, pero luego resulta, como en las películas, que se trata de una cuadrilla numerosa, y que la Policía, al ponerse sobre la pista, ha tenido que registrar diferentes domicilios, y prender del primer arranque a nueve individuos, uno de ellos del sexo femenino, complicados en el asunto.

Véase una demostración de la superioridad de lo individual sobre lo colectivo. Si el *golpe* lo da uno solo, sale de pobre, y acaso no necesita volver a robar. Repartido el lucro entre nueve, y quién sabe si entre doce o quince, ¿qué le toca a cada uno? ¡Bah! Una futesa.

Y por más que discurro, no veo que hiciese falta tanta gente para la hazaña. La mucha gente tiene además el inconveniente grave de que entre quince será milagro que no haya un indiscreto, o dos, o más. Secreto entre tres, axiomáticamente, ya no es secreto ni cosa que lo valga.

Segura estoy de que no bajan de veinte o veintitantos los que aparecerán complicados en el robo consabido. Entre veintitantos, chica tajada se puede repartir.

La prensa nos dice que con el producto del robo pensaba la cuadrilla desarrollar gran actividad industrial, comerciando en telas, prendas confeccionadas y otros artículos. Vea usted qué buenos propósitos eran los de estos galanes. No les ganara ni el mismo Ginesillo de Pasamonte, de cervantesca memoria.

Con todo esto ha dado al traste la brigada de Policía, y a fe que hay una razón por la cual me alegro especialmente: porque así queda limpia hasta de la menor sospecha la personalidad de los empleados que entregaron los pliegos, y que a poco más pagan con su carrera y honra la indudable ligereza, única falta de que se les puede acusar.

Y según van pasando días, se va poniendo más en claro lo que se refiere a la atrevida estafa, puesto que así hay que llamarle. Y va resultando la verdad de mi suposición: estos hechos en que interviene tanta gente, se descubren por delación o, como se dice en el *argot* profesional, por soplo.

Entre tantos cómplices, siempre hay uno que queda descontento de lo que en el reparto le ha correspondido, y ése denuncia, por venganza. Historia muy antigua, que nunca sirve de lección ni de ejemplo.

Tampoco saben jamás los culpables, cuya psicología es por demás infantil, aunque parezcan muy astutos, contenerse en hacer gastos extraordinarios y derroches innecesarios a raíz de su delito. Los autores y cómplices del robo de Correos, no desmintieron la regla. No se privaron del gustazo de deslumbrar a su barrio, de llenar de géneros su tienda, de armar juergas redondas, guateques y bateos lujosos, de tirar, en suma, aquel dinero tan mal adquirido y que podía costarles tan caro. La mitad de los delitos y aun de los crímenes cuyo móvil es el robo, se descubren por tales imprudencias y ostentaciones pueriles. Creo que fué el célebre asesino Pranzini el que, a los tres días de degollada su víctima, repartió sin recato sus joyas a algunas mujeres de mal vivir; y le costó cabeza.

No hay día en que no se anuncie una nueva exposición de arte. En casi todas, puede quitarse el casi, hay cosas bellas, interesantes y dignas de aplauso. Y dominan el paisaje y el género chico, cabezas, escenillas en lienzos de cortas dimensiones. Diríase que el arte quiere adaptarse a lo reducido de las moradas actuales. Tal se observa en el salón de la casa Vilches, y tal en la Exposición permanente del Palacio: las obras responden a ese criterio: decorar una habitación chiquita.

Por la misma razón, supongo, han desaparecido por completo varios géneros: el histórico, que demanda espacio para la composición, el truculento, que tanto hemos visto en las grandes Exposiciones, y el religioso, que ya no tiene aficionados. Todo se vuelve cabezas, paisajes y flores. En resumen, cuadros de esos que hacen decir a la gente «Me lo llevaría con gusto para mi casa.»

Y si no se los llevan más personas, es debido a que los artistas se resisten a poner un precio al pie de sus obras. Las venden, sí; pero vergonzantemente, como recelosos; y esta indeterminación retrae a los compradores. Si cada cuadro tuviese debajo la cantidad que vale, o en que lo tasa su autor, más resultado práctico darían estas Exposiciones.

Dijérase que, aquí (y no sé si allí ocurrirá lo mismo), existe una especie de pudor artístico, equivocado, en mi opinión, que quiere apartar de la vista la idea de que un objeto de arte tenga un valor en mercado. ¿Por qué no ha de tenerlo? De esta idea singular se origina la frecuente miseria en que algunos artistas caen, y la irregularidad de los recursos que alguna vez allegan. El día en que los pintores pusiesen un precio determinado, público, y no exagerado, a sus creaciones, se compraría un cuadro para mil incidencias en que hoy se compra un objeto industrial. En vez de enormes canastillas de flores, que se marchitan al día siguiente, se regalaría, los días de los santos, un *panneau*, por ejemplo, de los que se exponen en el salón Vilches, y que son haces de rosas fresquitas. En vez de objetos de bisutería y de relumbrón, ¿no se preferiría, para las bodas, un gentil cuadro de paisaje?

Pero entre el comprador y el artista está la valla de ese misterio impenetrable, de ese secreto que envuelve la posible transacción comercial. Se teme el compromiso de tener que dar mucho, y el ridículo de ofrecer poco. Y allí se quedan los cuadros. Apenas, de ciento, hay uno o dos que ostenten la consoladora tarjeta: «Adquirido.»

Cada cual hace de su capa un sayo; pero yo aconsejaría a los artistas que facilitasen al público la formación de la costumbre de comprar cuadros, casi abolida ya. En otros tiempos, aunque pareciera extraño, se compraban muchos más cuadros que ahora. Había por lo menos unos que se vendían seguramente: los religiosos. Vírgenes y Santos al óleo se expendían, porque no habían entrado aún en escena las horribles oleografías, ni otros procedimientos industriales, que hoy infestan las casas y las iglesias también. Se compraba un cuadro (mejor o peor, no todos habían de ser Murillos), pero siempre ese cuadro era una nota de arte en el hogar.

\* \* \*

Quisiera señalar algún acontecimiento teatral digno de referirse, pero estamos en uno de esos períodos de estancamiento en que nada sobresale, nada se destaca con relieve y vigor.

Son las que se representan obras que el público ha recibido sin desagrado, y nada más. Obras en que un actor o una actriz de valía salvan el conjunto por la perfección con que desempeñan su papel, obras en que el aparato escénico y lo vistoso de trajes y decoraciones cubren lo insignificante de la trama. Y el auditorio no pide más, y hasta se divierte francamente. Tal es el estado actual del arte dramático y cómico. Sobre todo cómico, pues hemos convenido en que se trata de hacer gracia, de enristrar chistes; de que se ría el espectador, porque espectador que ríe está vencido.

Y yo, para darme una satisfacción íntima, independiente de ciertas exigencias que ahora predominan, fui a un teatro popular, al de Price, donde trabaja Borrás, poniendo en escena obras del antiguo repertorio (Dios se lo pague). Daban *El zapatero y el Rey*. La sala estaba literalmente atestada, y además se extendía por ella una niebla de humo de tabaco. La concurrencia distaba mucho de ser escogida. Había hasta niños de pecho en brazos de sus madres, lo cual es el signo de que es muy democrático el ambiente, porque ya la clase media puede dejar a sus críos en casa, al cuidado de la chachita. Con todo esto, y con parecerme deficiente la *mise*

en scène, y no sólo la *mise en scène*, yo pasé uno de los mejores ratos, viendo a Borrás encarnar la figura de D. Pedro de Castilla en el inmortal drama zorriillesco. Y a mi satisfacción se unía la de ver que el público entraba en el drama, aplaudía sus hermosos versos, seguía la creación del poeta, con una atención casi increíble, y digo casi increíble, porque se me figura que, dada la forma y disposición del recinto, pocos oírían y verían, a no haber tenido, como yo, la precaución de solicitar una localidad muy próxima al escenario...

\* \* \*

He aquí lo que me gustaría, si estuviese en mis medios, subvencionar. Un teatro donde por turno se representasen las obras más escogidas del repertorio, lo mismo antiguo que moderno. Un teatro de arte, de belleza, de poesía, de tradición, de altura. Tengo sed de él. Si en mi Teatro se representase *El zapatero y el Rey*, verbigracia, no había de faltar en él detalle. Se vería la lucha desesperada de los dos hermanos, dentro de la tienda de Beltrán Claquín, y la muerte dada a Inés, en lo alto de la montaña. Y comparsas y figurantes, y por supuesto los actores, vestirían y se caracterizarían con propiedad escrupulosa, para causar la máxima ilusión. Y la sombra de D. Enrique no sería el actor mismo detrás de una tela transparente, sino la aparición espectral, de misteriosas líneas que puede surgir del delirio de un epiléptico, como fué el Rey D. Pedro, y como genialmente adivinó Zorrilla, que también padecía epilepsia.

Yo ya sé que, por desgracia, no da el teatro de Price para tanto. Por eso digo que yo haría semejantes primores en un teatro especial, digno del decoro de nuestra tradición dramática. Lástima grande que los que así sentimos, no podamos realizar. ¡Y tanto dinero como por ahí se malgasta en tonterías y en cosas peores que tonterías!

El teatro que yo imagino, naturalmente no intentaría ser una empresa lucrativa; costaría dinero al Estado o al particular o particulares que lo fundasen; pero pondría muy alto nuestro nombre y nuestra cultura ante el extranjero, ante esa América que habla nuestro idioma y apenas conoce nuestro teatro (a pesar de que Zorrilla, en sus viajes, vió en una toldería o ranchería de indios representar el *Don Juan Tenorio*). Y, a la larga, hasta reproductiva, o al menos, compensadora, pudiera ser la empresa.

Pero ¿quién sueña en tales iniciativas? Vamos degenerando entre chistes de sacacorchos y sensiblerías de antiguo folletín. Como arca cerrada y material perdido yacen en las Bibliotecas los tesoros de nuestra Musa, las sales de Tirso y Alarcón, la fuerte emoción dramática y filosófica de Calderón y Lope. Y Zorrilla, el romántico de la perilla y la capa, y Rivas, el semiheleno, y Tamayo, el sespriano, se van arrumbando, apenas recordados por las generaciones, o refugiados en un teatro que no lo es, que tiene los defectos de un Circo, y que sólo frecuenta el pueblo, dotado de más sentimiento artístico, espontáneo, que las altas clases... Y las obras dramáticas, aun las más bellas, se han hecho para representarse, para arrostrar las candilejas, para dar todo su efecto en ese terreno propio.

Mi teatro ideal no llegará nunca a la realidad. Comprendo muy bien a Luis de Baviera, que se hizo para sí su sala de ópera.

\* \* \*

Al través del tiempo transcurrido, *El zapatero y el Rey* conserva su energía y frescura, y el alma atormentada de D. Pedro se nos muestra en el monólogo terrible, en que con tanto acierto ha hecho intervenir el poeta la negra magia y los conjuros y horóscopos fatales. Don Pedro de Castilla, llamado por unos *El cruel*, por otros *El justiciero*, es de las figuras históricas más interesantes, más sugestivas. Su vida combatida y azarosa le permitió manifestar plenamente su carácter, en el cual se reúnen ciertos rasgos típicos de D. Juan Tenorio, otros de Domicio Enobarbo Nerón, algunos de Juliano el Apóstata, y no pocos de los reyes campeadores y valientes hasta la locura que, por esta cualidad, se conquistaron el amor de su pueblo. Todavía en Sevilla, don Pedro es popular. En Galicia fué adorado. Pero tenía malos enemigos que supieron explotar sus yerros, y tuvo un historiador que fué partidario del Bastardo. Y ningún personaje conozco que así se preste a la creación del mito romántico, como este Rey de Castilla, en el siglo XIV.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



## LOS OJOS VERDES, POR ARTURO MORI, DIBUJO DE TAMBURINI



Y al mismo tiempo que apartaba temblorosa el ramaje de su escondrijo, iban cayendo flores sobre sus cabellos sueltos

— Yo soñaba con unos ojos verdes — me escribía Adolfo Lucena — y ellos vinieron a mí como dos mariposas que, inquietas y llameantes, se hubieran posado sobre mi corazón. Los siento y los veo; me queman los párpados, como el sol, o me los suavizan como el agua clara. Cuando la conozcas, comprenderás por qué he abandonado todos mis negocios y me he retirado con ella a mi finca de Santan-

der. El trabajo me abruma, el trato con los hombres me molesta — perdóname. Vivo sólo para ella, desgranando sabrosamente mi capital sobre sus cabellos rubios. Pide — le digo — pide cuanto quieras. Y su cabecita nerviosa, de una elegancia singular, comienza a moverse graciosamente, como temiendo suspender el encanto de nuestra pasión con una ocurrencia insulsa, demasiado femenina. ¡Ah, si al-

guna vez conoces a Elena, querido amigo, sentirás compasión hacia los demás hombres y acaso compasión de ti mismo!

Yo soñaba con unos ojos verdes... ¿Te acuerdas? Todas tus novias me parecían vulgares, de una hermosura trivial. Unos ojos negros, de mora, que decían indiscreciones y descubrían tormentos... Unos ojos azules, pérfidos o volubles, que miraban sin



mirar y entendían poco de amores... ¡Cuántas veces me habías dicho: «Aquí está mi felicidad» y yo había sonreído, escéptico y displicente! Para mí, no había más que una mujer...

Ojos verdes, ojos verdes, los que visteis nacer en mi alma todas las sublimes lindezas del amor, los que ahuyentasteis todas mis locuras de soltero, prendiéndome dulcemente en vuestros reflejos, los que vais dejando una estela de paz en la vida... Ojos verdes, ojos verdes... Disculpa una vez más mi exaltación. No estoy loco, pero vivo bastante alejado de nuestro mundo complejo y burlón. Ven a vernos. Vivirás con nosotros unos días y acaso te reconcilies en un todo con mis ensueños. Libros, encontrarás los que quieras. Poesía, poesía en todos. Una mesa sobria y deleitante, un jardín encantado con surtidores que recuerdan las viejas leyendas muzárabes, flores por donde pases y un cielo azul y terso para nosotros solos que hemos adquirido de Dios a fuerza de pedirselo juntos.

Ven a vernos. Verás cómo es nuestro todo el mundo, siendo tan pequeños en él; verás cómo se ensancha el horizonte y la vida se hace más suave y tranquila.

¡Mis ojos verdes!.. Pienso con terror en el día en que habrán de apagarse para siempre. Ellos iluminan el camino por donde pasamos, son la linterna de nuestra felicidad.

Yo me creía un desatinado. Todas las mujeres me parecían adocenas, vulgares, impropias de mis ambiciones. «Tu poesía es ridícula - me decíais los amigos - . Tú has nacido para ser un vicioso, un hombre de mundo, nada más que un hombre de mundo...»

Heine soñó con una princesa de divina hermosura y al hablar con ella, en sueños, oyó de sus labios pálidos una frase desgarradora. «No pienses en mí - le dijo - pues para verte burlé las piedras de mi sepultura.» Y yo, en mi loco afán, tocado, como Heine, de un romanticismo extraño, temía también que la mujer de mis sueños no fuese un ser vivo, sino una sombra, un bello recuerdo, como las figuras arrobadoramente misteriosas de Guy de Maupassant.

Pero una tarde...

Hacía dos meses que nos habíamos separado. Tú, a tu trabajo de siempre, a tus estudios, a tus periódicos; yo, a mis evocaciones. Y, por casualidad, fuí a caer un día en un lindo caserío de la montaña catalana. Me habían obligado a comprar una casa para pasar los veranos. Había en el caserío un círculo de veraneantes siempre dispuestos al jaleo y a las comilonas, y con ellos iba todas las tardes, atropellando las viñas de los pobres payeses, saqueando los árboles frutales, interrogando misteriosamente a los asombrados lugareños, creyendo que era mío todo cuanto pisaba y conversando, como un loco, con los pinos sombríos y los robles gigantes.

Pero una tarde...

Me había quedado solo. Y no encontrando mejor aliciente para algo que yo sentía en lo más hondo de mis costumbres y que comenzaba a ser aburrimiento, al decir de un buen amigo mío, ducho en esos trances del espíritu, abrí mi predilecto libro de Heine... También el poeta andaba tras de una mujer, carcomida el alma por los desengaños.

De pronto, sentí rumor de pasos. Unos pies diminutos removían suavemente la tierra cerca de mí. Volví la cabeza. Eran dos muchachas, sonrientes y vivarachas, que jugaban a pelota con señorial gen-

tileza. La pelota cayó a mis pies. Me levanté y se la di a la más pequeña de las dos. La niña, sin remilgos, me dió las gracias y echó a correr. La otra no hizo más que inclinarse y mirarme con cierta recatada coquetería. Estuve a punto de caerme. Me habían mirado los ojos verdes de mis sueños, las dos

ñador incorregible. Y en mis sueños triunfaron, como príncipes de mi corazón, esos ojos verdes que un día hubiera de encontrar límpidos y lucientes, atormentadores y humanos - imitemos a Nietzsche - quizá demasiado humanos...

Otra tarde la vi sola, muy cerca de su casa. Iba a atravesar un riachuelo travieso y evocador de lindezas espirituales. Dió el primer paso graciosamente. Pero al dar el segundo, tropezó y cayó sobre el musgo. Yo me precipité, fuera de mí, a levantarla del suelo. Ella lo agradeció con una de sus desconcertantes sonrisas y me miró con sus ojos verdes. ¡Para qué quería yo más!

Pero ese momento fué demasiado fugaz. Con su ligereza demoniada desapareció entre los juncos, y ella misma, con sus gráciles posturas, parecía un junco doblándose a merced del viento murmurador.

Voy a concretar, querido amigo. No olvides que te habla un enamorado.

Me decidí a hablarla seriamente. No era cosa de perder el tiempo en baldías divagaciones.

Fué junto a la verja de su jardín de ensueño. Estaba más hermosa que nunca. Su hermana hallábase con ella, deshojando rosas y contando, dulcemente entretenidas, las varillas del abanico.

Yo me acerqué con miedo, un miedo francamente estudiantil. Y mi sorpresa fué grande cuando observé que mi

princesa de los ojos verdes huía a través del jardín, como esquivando, muy pálida, mi acometida. Yo la creía una mujer dispuesta, traviesa, fuerte...

- Desista usted de su empeño, me dijo su hermana con una displicencia que helaba la sangre.

- Entonces, hice decididamente el ridículo.

La hermana de Elena sonrió, con sonrisa de lástima para los dos.

- Ella le quiere a usted, pero cuando usted sepa...

- Lo que sea, dígamelo pronto.

- Elena, mi hermana, le ha cautivado a usted por sus ojos. Dicen que no los hay más hermosos; pero a Elena le falta el uso de la palabra; enmudeció a los tres años...

Sentí un vértigo extraño y tuve que agarrarme a los hierros de la verja. No muy lejos de nosotros asomaba la rubia cabecita de Elena. De sus ojos salían dos lágrimas que brillaban al sol. Luego rompió en sollozos. Y al mismo tiempo que apartaba temblorosa el ramaje de su escondrijo, iban cayendo flores sobre sus cabellos sueltos. Era una solemne bendición de la naturaleza generosa y sentimental.

¿Te cansaron mis líneas de sincera pasión, de blando y confortador optimismo? No lo creo. Por ellas, siguiendo ese camino de rosas que te marcó, torpemente acaso, mi pluma de enamorado, habrás visto con qué pasmosa facilidad puede una mujer hablar sólo con los ojos. Yo no había soñado con una mujer parlanchina, ni con una voz de cristal que recrease mis oídos. Había soñado con unos ojos verdes y ellos vinieron a mí...

Todos los poetas que me son familiares acuden en mi auxilio y consolidan mi felicidad. Cada uno de ellos ha pintado a una mujer como Elena en sus benditos desvaríos. Pero la pintan como un ideal... Yo soy más que ellos, porque mi ideal se ha hecho carne, ha bajado del cielo para ser mío...

Así me escribía Adolfo Lucena y creí por un momento que desvariaba bastante más que sus poetas familiares. Pero no; en realidad, mi amigo estaba iluminado por los ojos verdes de sus ensueños...



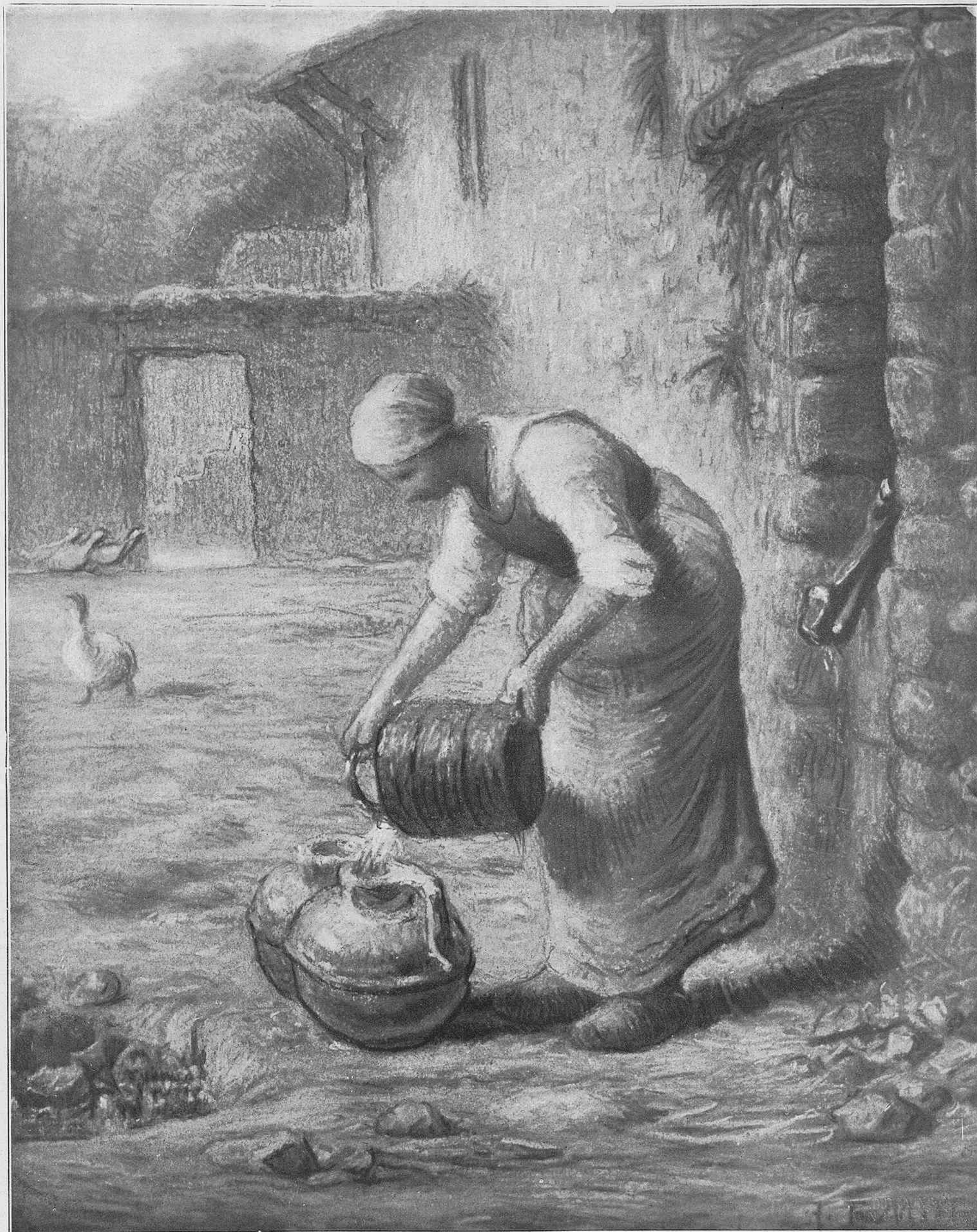
La dama de la amatista, cuadro de Carlos Shannon. (Exposición de la Real Academia de Londres. 1916.)

esmeraldas vivientes de mi felicidad. Anduve un rato, anonadado, tras de las muchachas. Ellas corrían persiguiendo su pelota, marcando dibujos elegantes. Y a mí se me antojaba que la pelota era mi corazón. ¡Cómo saltaba riscos y breñales, cómo se enredaba maliciosa entre los pies de las muchachas! La tarde iba envolviéndose en las sentimentales sombras del crepúsculo. Los árboles proyectaban conos misteriosos sobre la tierra. Una campana anunció la oración de la tarde, gimiendo como una vieja angustiada. Y mientras veía entrar a las muchachas, asustadas ya por el avance de la obscuridad campesina, evocadora de tragos y cuentos de miedo, en un hotel edificado con sobriedad al borde de un torrente inofensivo por su cauce estrecho, galanteador por sus espesos y acariciadores cañaverales, me parecía ver, fijos en las negruras de la noche, los ojos verdes de la forastera que andaban revoloteando, briosamente iluminados, presidiendo, majestuosos y serenos, el concierto de los amores.

El libro de Heine quedó en el bosque. En aquel momento, el poeta era yo.

Perdí el timón y navegaba sin norma por los mares inquietos de lo desconocido. Aquella mujer era, ciertamente, una aparición. Veía sus ojos verdes en la cabecera de mi lecho, en las hojas de los libros que leía, atravesados en mi camino... ¡Cuántas veces había pensado en ti! «Los libros te llevarán no sólo a la ciencia, sino al amor - me dijiste un día - . Los poetas son los demonios encauzadores de todas las pasiones.» No puedo olvidar el divino cuento de Catulle Mendes. El demonio había dado con el mayor castigo que puede caer sobre una criatura humana. ¿Cómo, de otro modo, hacer justicia - si cabe la justicia en el infierno - sobre el maldito condenado, protagonista de la lindísima creación de Mendes? ¡Ah, el castigo era terrible! Encender en su alma - lo único que de él quedaba - un amor terreno, apasionado, febril, ponerle delante de los ojos a la mujer amada, ofrecerle ésta un beso y desaparecer ella antes de dárselo por entre las brumas infernales... Estas lecturas me convirtieron en un so-





CAMPESINA SACANDO AGUA DEL POZO, dibujo de Juan Francisco Millet que se conserva en el Museo del Louvre, de París

Juan Francisco Millet ha sido uno de los pintores que más intensamente han sentido la naturaleza y que con más amor y entusiasmo han sabido trasladar al lienzo sus variados aspectos. Hablando de él dijo muy acertadamente el ilustre crítico Teófilo Gautier: «Muy al contrario de los amanerados en feo que substituyen, a pretexto de realismo, lo deforme a lo verdadero, Millet busca y logra el estilo en la representación de los tipos y de las escenas campestres, poniendo en ellos una grandiosidad y una nobleza raras, aunque sin atenuar nunca su rustici-

dad. Comprende la poesía íntima de los campos, ama a los aldeanos que reproduce, y en sus figuras resignadas expresa su simpatía hacia ellos.»

Millet, no tan estimado en vida como se merecía, alcanzó después de muerto fama universal y a pesar de los años transcurridos, todos recordamos el éxito que en pública subasta celebrada en París obtuvo su cuadro *El Angelus*, que Millet vendió miserablemente y que fue entonces adquirido por 550.000 francos.



## LA GUERRA EUROPEA. (Fotografías remitidas por Carlos Trampus.)



En el frente inglés de Francia. — Soldados proveyéndose de agua en un sitio en donde ésta es filtrada

*Teatro de la guerra de Occidente.* — Los ingleses han rechazado ataques al Sur de Loos, al Oeste de Bourains y al Noroeste de Roelincourt, y han realizado con éxito algunos *raids* en las trincheras enemigas situadas cerca de Neuville-Saint-Vaast. Los franceses han rechazado ataques contra las posiciones al Norte de la aldea de Vaux (Mosa) y contra la trinchera al Sur del desfiladero de Saint-Marie (Vosgos); han expulsado a los alemanes que habían penetrado en algunos elementos de trinchera del bosque de Apremont; los han desalojado de los elementos de trinchera que habían ocupado en las pendientes orientales de la altura 304 (Mosa); han penetrado en las trincheras enemigas de la región de la Butte de Mesnil Champaña, y han ocupado dos cráteres de minas que hicieron estallar los alemanes en el extremo Sudeste del punto citado.

Los alemanes han rechazado ataques al Este de la carretera Albert-Warlencourt y contra las posiciones de Le Translay (Somme); han penetrado, desde la altura 304 situada al Sudeste de Malancourt, en las trincheras francesas, apoderándose de la cima de dicha altura; han arrojado a los franceses de una zapa que habían ocupado al Sur de Ripont (Champaña); y han destruído por medio de voladuras considerables parcelas de las posiciones francesas en la Butte de Mesnil y en Vaugnois (Argona).

*Teatro de la guerra de Oriente.* — Los alemanes han ocupado un puesto de observación al Oeste de Luzk; han impedido intentos de avance en el frente del Dvina y cerca de Augustowska; han expulsado al enemigo de unos puestos de observación al Norte de Widzy, en donde había conseguido penetrar; y han rechazado ataques contra las posiciones situadas al Norte del lago Narotch.

Los rusos han desplegado gran actividad en los Cárpatos forestales con el propósito de auxiliar indirectamente desde aquella región a los rumanos, habiendo ocupado algunas alturas al Sudoeste de Jablonitz, y emprendido violentos ataques en Dorna Vatra, Kirlibaba y valle del Bistritza.

*Italianos y austriacos.* — Aparte de los duelos de artillería, nada importante ha ocurrido en este frente. Los partes de Roma sólo dan cuenta de haber los italianos rechazado ataques contra las posiciones al Norte de Santa Catalina, contra las líneas al Noroeste de la altura 208 (Carso) y en la zona situada al Norte de Boscomalo.

Los despachos austriacos no contienen noticia alguna de interés.

*Frente macedónico.* — Los aliados han hecho nuevos progresos al Norte de Baralove; han ocupado algunos puestos búlgaros al Sur de Seres; y han rechazado ataques contra las posiciones serbias de las pendientes septentrionales del Sokol, si bien perdiendo una pequeña altura, y contra las de la región de Scaravina, al Este del Cerna; y han rechazado asimismo una tentativa del enemigo para recuperar las posiciones al Norte de Grunitza.

Los austro-germano-búlgaros han impedido varios avances serbios en el frente de Moglena; han rechazado ataques al Norte de Monastir, en el recodo del Cerna y en la llanura del Struma; han rechazado las tentativas de los ingleses para acercarse a las posiciones situadas al Sudoeste y Sudeste de Seres; y han salido victoriosos en varios combates trabados al Este del Cerna.

*Frente rumano.* — Los rumanos han evacuado Bucarest y

han ido retirándose de la Valaquia, arrastrando en su retirada a los rusos que habían acudido en su auxilio.

Los austro-germano-búlgaros han rechazado violentos ataques en los Cárpatos forestales y han proseguido su avance en la Valaquia haciendo numerosos prisioneros, apoderándose de un importante botín de guerra y de grandes cantidades de víveres y ocupando los terrenos petrolíferos de Rumania.

*Grecia y los aliados.* — Continúa la agitación en Atenas, en donde han sido asaltadas las redacciones de los periódicos ve-

fos y ferrocarriles y la libertad de los venizelistas detenidos.

El almirante Dartigue du Fournet, que mandaba la escuadra aliada en aguas de Grecia ha sido relevado del mando y substituido por el almirante Gauchez.

*Reformas ministeriales en Inglaterra y en Francia.* — A consecuencia de ciertas discrepancias entre Mr. Asquith, presidente del Consejo de Ministros inglés, y Mr. Lloyd George, ministro de la Guerra, el primero ha presentado la dimisión y el segundo ha recibido del Rey Jorge V el encargo de formar nuevo gobierno. Éste ha quedado constituido y ofrece la novedad de que todo el poder estará concentrado en un Comité de Guerra, que obrará con facultades omnímodas y sin tener que someter sus resoluciones a la aprobación del gabinete. El Comité de Guerra lo componen: Mr. Lloyd George, primer ministro; lord Curzon, lord presidente del Consejo; Mr. Henderson, sin cartera; Mr. Bonar Law, canceller de Hacienda; y sir Roberto Finlay, lord Canciller.

También en Francia ha habido reforma ministerial como consecuencia de los acuerdos adoptados por la Cámara de Diputados en su sesión secreta. El nuevo gabinete, del que forman parte varios ministros del anterior, entre ellos el presidente Sr. Briand, se compone de diez ministros y tres subsecretarios de Estado y comprende, además, varios directores técnicos. El presidente y los ministros de Hacienda, Sr. Ribot; de la Guerra, general Lyautey; de Marina, almirante Lazcaze, y de Armamentos y Fabricaciones de Guerra, Sr. Thomás, constituirán un Comité de Guerra, con amplias facultades, al que podrá asistir, con voz consultiva, el generalísimo Joffre, consejero técnico del Gobierno.

*Proposiciones de paz.* — En la sesión celebrada por el Reichstag el día 12 de este mes, el canceller Bethmann Hollweg dió cuenta de haber sido entregada a las potencias enemigas, por conducto de los embajadores de las potencias neutrales, una nota proponiendo entrar en discusiones para la negociación de la paz. Con este motivo, pronunció un elocuente y patriótico discurso, que fué acogido con aplausos estruendosos por toda la Cámara.

La referida nota comienza haciendo ver los terribles males que la actual guerra ha desencadenado sobre la humanidad; expone luego los triunfos conseguidos durante la misma por Alemania y sus aliados; expresa después los deseos de los Estados de la Cuádruple de poner término a los horrores de la lucha, para lo cual proponen entablar lo antes posible negociaciones para la paz, y termina con estos dos párrafos:

«Las proposiciones que estos Estados ofrecen para ser negociadas, que aspiran a asegurar la existencia, el honor y la libertad de desenvolvimiento de sus pueblos, constituyen, en su concepto, la base indicada para el restablecimiento de una paz duradera.

»Si, a pesar de este ofrecimiento en favor de la paz y la reconciliación, ha de proseguir la lucha, las potencias de la Cuádruple están decididas a continuarla hasta un fin victorioso; pero entonces declinarán solemnemente por ello toda responsabilidad ante la Humanidad y ante la Historia.»

La prensa de los países de la Entente ha acogido con gran hostilidad esta nota y unánimemente declara que no puede hablarse de paz mientras no haya sido logrado el objetivo por el que luchan los aliados, quienes están firmemente resueltos a continuar la guerra hasta obtener la victoria completa.



El nuevo ministro de Negocios Extranjeros del Imperio alemán Sr. Zimmermann

nizelistas y perseguidos los partidarios de los aliados. Los ministros francés e inglés que permanecían en aquella capital, han marchado al Pireo llevándose los archivos.

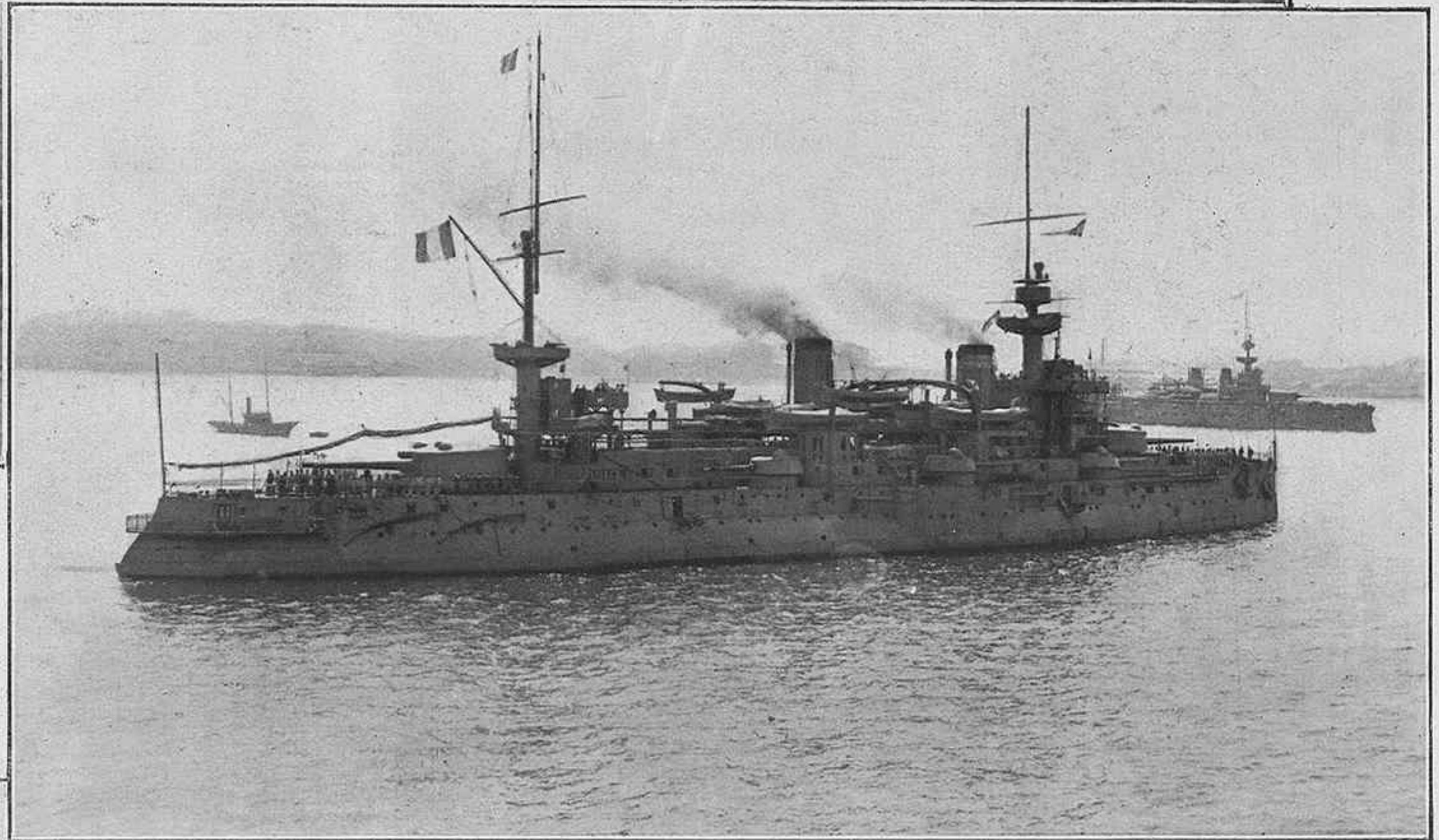
En vista de la gravísima situación de Grecia, las potencias de la Entente han decretado el bloqueo de aquella nación hasta que dé las reparaciones necesarias y al mismo tiempo han entregado al gobierno griego una nota exigiendo la desmovilización completa, la ocupación de los correos, telégra-





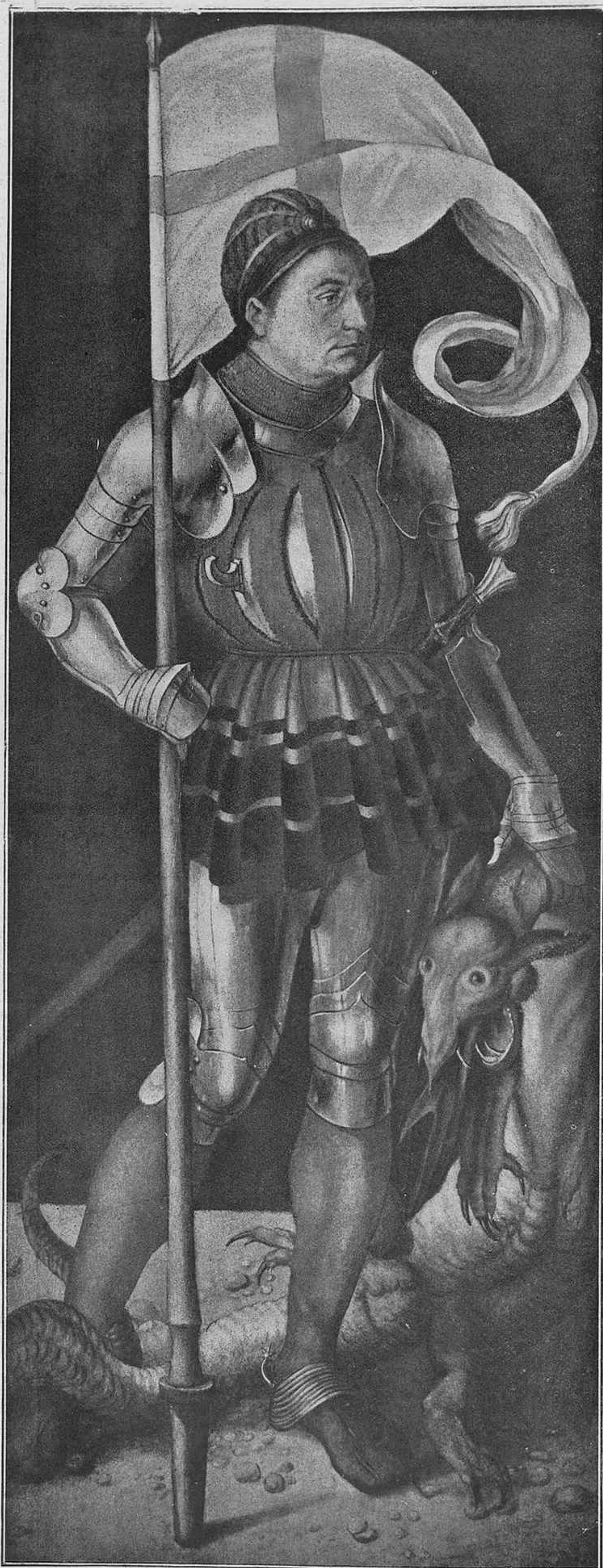
Artillería inglesa dirigiéndose a la línea de batalla. A la derecha, en segundo término, se ve la ambulancia en donde son reparados los automóviles.

El acorazado francés *Suffren*, de 12.728 toneladas, que salió para Lorient el 24 de noviembre último y no ha llegado a su destino, razón por la cual el Ministerio de Marina lo considera perdido.



Soldados ingleses montando una pieza de artillería gruesa en el frente occidental. (De fotografías de M. Rol y oficiales remitidas por Carlos Trampus.)





LOS DOS BAUMGARTNER, pinturas de Alberto Durero para el altar de la familia Baumgartner que existía en Nuremberg y que ahora se admira en la Antigua Pinacoteca de Múnich

Alberto Durero pintó para el altar de la familia Baumgartner, de Nuremberg, un cuadro que representaba el nacimiento de Jesús y que fué posteriormente desfigurado por otro pintor que le añadió varios accesorios, creyendo con ello embellecerlo. Este altar fué regalado por el magistrado de Nuremberg al príncipe elector Maximiliano de Baviera, y posteriormente, por acuerdo de la dirección de la Antigua Pinacoteca, ha sido restaurado, habiendo desaparecido los aditamentos que lo afeaban y reaparecido en toda su

belleza la obra original de Durero. Las dos figuras que el adjunto grabado reproduce forman las dos alas del altar y representan a los fundadores del mismo, los patricios nurembergueses Esteban y Lucas Baumgartner; las dos figuras están llenas de vida y de expresión, y en sus rostros y en sus actitudes hay una verdad y un realismo que revelan la experta mano del famoso maestro que tan admirablemente supo trasladar al lienzo las efigies de aquellos personajes.





LOS CUATRO APÓSTOLES, pinturas de Alberto Durero consideradas como la obra maestra del eximio artista que existían en la Casa Consistorial de Nuremberg y que ahora se admiran en la Antigua Pinacoteca de Múnich

Estos dos cuadros, cuyas figuras son de tamaño natural, fueron regalados por Alberto Durero a su ciudad natal, Nuremberg, el año 1526, y cien años después donados, como los que reproducimos en la página anterior, al príncipe Maximiliano de Baviera por el magistrado nurembergués.

En el primero están San Juan, leyendo con profunda atención un libro, y San Pedro inclinado para seguir la lectura; en el segundo, San Pablo, con un libro y una espada, y San Mar-

cos conversando con él. Todas las figuras son de una ejecución admirable, pero muy singularmente las de San Juan y San Pedro, que se consideran como la obra maestra de su inmortal autor. Un contemporáneo de Durero afirma que éste quiso representar los cuatro temperamentos: melancólico, flemático, colérico y sanguíneo, personificándolos respectivamente en San Juan, San Pedro, San Pablo y San Marcos; pero nada justifica que haya sido ésta la intención del artista.



## MADRID. - NOTAS DE ACTUALIDAD. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

Inauguración de las salas Bosch en el Museo del Prado. - Con asistencia de S. M. el Rey D. Alfonso XIII se ha efectuado recientemente la inauguración de las dos salas que se han instalado en el Museo del Prado con el valioso donativo de cuadros y medallas legado por D. Pablo Bosch. Hombre de exquisito gusto y de vasta cultura, consagróse desde joven a reunir obras de arte y satisfizo así su noble deseo de poseer muchas y de indiscutible belleza.



S. M. el Rey D. Alfonso XIII (x) inaugurando las dos salas que se han instalado en el Museo del Prado con el valioso donativo de cuadros y medallas legado por D. Pablo Bosch.

instalado en el Museo del Prado con el valioso donativo de cuadros y medallas que, en memoria de su padre político, D. Laureano Figuerola, hizo D. Pablo Bosch.

El Monarca llegó al Museo acompañado del marqués de la Torrecilla y fué recibido por el presidente del Consejo de Ministros Sr. conde de Romanones, el ministro de Instrucción Pública Sr. Burell, el ministro de Hacienda Sr. Alba, que regía el ministerio de Instrucción Pública cuando se constituyó el Patronato del Museo en la forma que actualmente tiene; el subsecretario de dicho ministerio Sr. Rivas, el director de Bellas Artes Sr. Anguita, el presidente del Patronato del Museo duque de Alba, el expresidente del Consejo de Ministros señor Dato, el director del Museo Sr. Villegas, el subdirector señor Garnelo, el director general de Comunicaciones y presidente del Círculo de Bellas Artes Sr. Francos Rodríguez, el gobernador civil señor Roselló, el director general de Seguridad señor La Barrera, los marqueses de

Su fervoroso amor a España y al Museo Nacional le dictó el propósito de legar a éste las mejores obras coleccionadas, encargando al Patronato del mismo, del cual formaba él parte, el dar cumplimiento a sus deseos.

La instalación, para la cual dejó el Sr. Bosch especialmente 25 000 pesetas, ha sido hecha con el mayor gusto y con todo el acierto apetecible; las dos salas más parecen pertenecer a la casa particular de un coleccionista que a un verdadero Museo. Los cuadros, destacándose sobre un rico damasco color crema, y las medallas y monedas, expuestas en artísticas vitrinas, pueden ser cómodamente examinados y admirados en todo lo que valen.

S. M. el Rey, que profesaba especial afecto al Sr. Bosch, mostró desde el primer momento deseo de inaugurar las dos salas, y al cumplir su propósito ha expresado la gran satisfacción que en ello había tenido.

**Estreno de «La Embajadora».** - Con gran éxito se ha estrenado en el Teatro de la Zarzuela la opereta en tres actos *La Embajadora*, letra de los Sres. Fernández Lepina y González del Toro y música del maestro Giménez.

El intrincado argumento de esta obra puede resumirse diciendo que se trata de una princesa que quiere ser amada por sí, no por su posición ni por su dinero, del hombre con quien está concertada su boda; y para ello se finge lo que no es, presentándose sucesivamente como vendedora de flores, cupletista, criada, etc.; hasta que al fin, convencida de que aquel hombre la quiere de veras, manifiesta su condición, y la opereta acaba en boda y a satisfacción de todos.

Esta acción se desarrolla en escenas muy divertidas que dan ocasión de lucirse a los actores, escenógrafos, atrevistas y demás elementos integrantes de la *mise en scene*.

El maestro Giménez ha escrito una música inspirada, elegante y original, avalorada por una hermosa instrumentación.



Una escena de *La embajadora*, opereta en tres actos, letra de los señores Fernández Lepina y González del Toro, música del maestro Jerónimo Giménez, estrenada con gran éxito en el Teatro Eslava.

Casa Torres y Valdeiglesias, este último en representación de la Asociación de la Prensa; los Sres. Osma, Moreno Carbonero, Picón, Blay, Repullés, Velázquez, Santa María, Mérida, Beruete, Tormo, Maura (D. Bartolomé), Errazu, Boix y otros artistas pertenecientes al Patronato del Museo, y los Sres. D. Juan Pablo Bosch y D. Javier de Salas, sobrinos de D. Pablo Bosch.

S. M., con sus acompañantes, recorrió detenidamente las dos salas, examinando con gran atención los magníficos cuadros y las preciosas monedas y medallas españolas y extranjeras que figuran en la colección, y dedicando frases de elogio a la memoria del generoso donante.

Después pasó el Soberano a las salas Errazu y a las de la escuela francesa, regresando luego a Palacio.

Las salas en donde están instaladas las obras donadas por D. Pablo Bosch son dos y están en el piso bajo. Constan de 89 cuadros, de los cuales 25 pertenecen a la escuela española (20 de época primitiva, 1 del siglo XVI, 2 del XVII y 2 del XVIII), 2 a la escuela de Avignón, 14 a la escuela flamenca, 2 a las escuelas italianas de Siena y Venecia y 13 a autores desconocidos y a escuelas indeterminadas. Entre los restantes, figuran obras de Alonso Cano, el *Bosco*, Coferrmann, David, el *Greco*, Goya, Morales, Murillo, Van der Weyden y otros.

Hay, además, en las salas cuatro vitrinas en las que pueden admirarse magníficas colecciones de monedas extranjeras y medallas conmemorativas, y un precioso varguéño del siglo XIII con una valiosísima colección de monedas españolas.

Don Pablo Bosch, cuyo rasgo de generosidad ha sido elogiado cuanto se merece por los amantes del arte, era uno de los coleccionistas más inteligentes e ilustrados de España.



La eminente actriz Georgette Leblanc, esposa del ilustre escritor belga Mauricio Maeterlinck, en el Ateneo, en donde dió una interesantísima conferencia. (Véase página 822.)

Entre los números más notables merecen citarse especialmente un quinteto, un sexteto y un dúo del primer acto; un aria de tiple, un vals, una canción y un brioso concertante del segundo; y el preludio del tercero.

En la interpretación se distinguen las señoritas Romo y Haro y los Sres. Peña y Parera, muy bien secundados por las señoritas Oliver y Pinillos y los Sres. Allen Perkins y Belenguer. La empresa ha puesto la obra con gran esplendor; las decoraciones, de Mignoni, son de un gran efecto, y el vestuario, ajustado a figurines de Dhoy, es lujoso y elegante.



# EL CABO SILVESTRE

NOVELA ORIGINAL DE SALVADOR FARINA. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

- Cuando no se goza de la paz del alma..., empecé a decir, por no estar callado.

Pero el cabo Silvestre me interrumpió diciendo:

- Es mejor que cante; ahora que está callada, me da más pena; ¿y a ti, Lucía?

Sin esperar la contestación de la vieja, que se le leía en los ojos, el cabo Silvestre se asomó otra vez a la puerta de la cocina.

- ¿Por qué no sigues cantando, María?, le preguntó. No te he dicho que cesaras; canta, María, canta; nos gusta que cantes.

María cantó un momento a media voz, y calló luego.

X

La aparición de Rosita en la playa de Albissola había turbado a vida tranquila de los dos viejos, al extremo de hacer temer por su salud.

Ellos no hablaban casi nunca de la muchacha, que se había marchado así, sin abrazarlos siquiera, pero pensaban siempre en ella.

Una vez, el cabo Silvestre me dijo:

- Es como si se hubiese escapado otra vez de casa.

El viejo venía con más frecuencia que antes a la playa, no ya con la esperanza de que la ingrata Rosita volvería, sino para entrar en la caseta donde ella se había desvestido, para buscar las huellas de sus pies en la arena que no conservaba ninguna, para contemplar la vecina Savona, donde la bella indiferente se bañaba quizá.

En cuanto a volver a ver a la ingrata, a la indiferente, ni soñarlo.

Los dos viejos habían ahogado los sentimientos de su corazón, ávidos de la paz del alma; no sentían ya por la fugitiva ni siquiera aquel resto de afecto de antes de su magnífica y reciente aparición.

Sólo una cosa les afligía, y era que Rosita había perjudicado a María.

La señora Lucía primero y su marido después, ambos plenamente acordes, hicieron el descubrimiento de que, desde el día de la bella reaparición de Rosita, ya no podían sufrir a María.

Y no vaya a creerse que fuera por esto o por lo otro, era simplemente porque el corazón de los dos viejos se había endurecido y cerrado.

María cantaba como antes, lo mismo que antes; así, al menos, me lo parecía a mí; pero los viejos me aseguraban que la pobre víctima cantaba menos y daba la preferencia a canciones llenas de melancolía.

Por lo demás la señora Lucía procuraba no mortificar a la muchacha, y lo mismo hacía el cabo Silvestre; eran dos buenos viejos llenos de justicia, y reconocían que María no debía pagar el pecado de Rosita; pero si después, con toda su buena voluntad de esconder su propio sentimiento, lo dejaban ver, y la muchacha cantaba menos, ¿qué podrían hacerle?

Después de todo, no habían acogido en su casa a la pescaderita para quererla; al contrario; la habían tomado para que barriese los suelos y tuviese las paredes limpias de telarañas; en cambio la vestían, la mantenían y la dejaban cantar cuanto quisiera; si no quería, peor para ella.

¿Y había preguntado por los amos de la casa? Sí, había preguntado:

«¿Es ésta la casa del cabo Silvestre?»

María había contestado que sí, y entonces ella había entrado.

Parecía estar muy cansada, pues se había dejado caer sobre un taburete.

Luego había rogado a María que le enseñase toda la casa, y María le había enseñado toda la casa, pensando que en ello no había ningún mal, y, además, ¡aquella señora era tan bella, tan blanca, y tenía una sonrisa tan modesta y tan dulce, que la muchacha, aun queriendo, no hubiera podido decir que no.

¡Conque la señora había visitado toda la casa!

¿Y qué había dicho? Nada.

¿Y qué había hecho?

¡Ah! Delante de la cama matrimonial de los dos viejos, se había detenido a besar las almohadas; en la sala de la planta baja había cogido en la mano el florete del cabo Silvestre, y se había quedado un rato mirando el corazón rojo pintado en la pared.

¿Y qué más había hecho?

Se había sentado en la butaquita de la señora Lucía, porque estaba muy cansada, y había cogido en la mano la calceta empezada; por cierto que se había escurrido una aguja, y ella se había entretenido en recoger todos los puntos escapados, por más que María le dijese «¡Déjelo estar!»

Después se había inclinado a dar un beso a María y le había dicho...

¡Ah! ¿Con que había hablado?

«¿Cómo te llamas?», le había preguntado.

«María.»

«María, le había dicho, tú quieres mucho a tus viejos, ¿verdad?»

«Muchísimo.»

«Pues bien, hay que

quererlos siempre y no abandonarlos nunca.»

Esto había dicho, y se había marchado.

Pero antes se había detenido en la puerta de la casa para escribir con un pedazo de yeso un nombre, tal vez el suyo.

El cabo Silvestre y su mujer alzaron sus ojos lacrimosos y leyeron en la puerta:

«Rosita.»

Cuando el viejo me decía todo esto, yo leí, debajo de la palabra *Rosita* y en la puerta de la casa, estas palabras escritas en gruesos caracteres:

«Papá y mamá te esperan; ésta es siempre tu casa.»

- Yo tuve esta idea, me dijo el cabo Silvestre melancólicamente, y Lucía se alegró de que hubiera escrito yo esto. La fugitiva puede volver, y tener necesidad de nosotros. De este modo, sin ofenderla, le hacemos saber que no hemos cambiado.

En las últimas semanas de agosto y los primeros días de septiembre, el cabo Silvestre repasó con el yeso el escrito de la puerta de la casa.

Pero Rosita no vino.



... cuando dió un grito, y nos llamó agitando los brazos sin volverse

A mí, ya lo he dicho, me parecía que la muchacha quería cantar lo mismo que antes.

Un domingo de agosto, los esposos Silvestre volvían a casa después de la misa, cuando María les salió al encuentro.

La pobre chica, teniendo algo que decir a sus viejos, y estando impaciente por decirselo, había permanecido largo tiempo en la ventana para verlos llegar.

No había barrido la casa, ni arreglado su cama, ni cantado siquiera, porque lo que tenía que decirles la tenía trastornada.

Pues ¿qué había sido?

Había pasado lo siguiente:

Apenas habían salido los viejos para ir a misa, entró en casa una señora...

¡Una señora!..

Sí, una señora guapísima, muy bien vestida; vino en coche hasta los olivos; allí quedó el coche, entre las moreras, esperando...

¡Una señora!, balbucian los viejos.

Sí, una señora rubia, alta, blanca.



## XI

El doctor Máximo no mejoraba.

Al año siguiente volvió a Andorno, y de allí a Albissola en bastante mal estado.

No solamente el brazo paralítico le colgaba inerte como antes, sino que el doctor arrastraba la pierna y se quejaba de no sentir casi el pie cuando lo apoyaba en el suelo.

Por esto, teniendo siempre miedo de caerse, no se aventuraba a salir de casa sino acompañado.

Por otra parte, había logrado, como sucede, agravar su mal, estudiándolo mucho, interrogando a todos los autores y a todas las clínicas.

Se había instruido muchísimo en materia de enfermedades nerviosas; y en los pocos momentos de buen humor que aun le quedaban, él mismo se declaraba *especialista*.

Me parecía, por eso, que no debía haberse hecho ilusiones sobre su estado, y sin embargo se las hacía aún.

Toda su doctrina le permitía esperar que la parálisis se detendría.

No había vuelto a la casita blanca, evitaba el pedir noticias de sus inquilinos.

Éstos estaban cada año más ágiles y más frescos, aunque al encontrarse con el doctor accidentado, se quejaban de una infinidad de males, para consolarlo.

La aparición de Rosita no había turbado el curso regular de aquellas existencias tranquilas.

Había sido un dolor y un placer.

— La vida sería muy tonta, solía decir el cabo Silvestre, si no entrase en ella un poquito de deseo, o un saborcillo de dolor.

La alegría seguía reinando pues en la casita blanca, y desde las ventanas abiertas María echaba al viento sus cantares.

Porque hasta María estaba alegre como de costumbre, y más de lo acostumbrado, ahora que había obligado a la señora Lucía a hacer las paces con ella.

¿Recuerdan ustedes la guerra que la señora de Silvestre hacía a la pobre muchacha, cuando no la podía sufrir?

Pues bien, aquella guerra había durado poco; a la señora Lucía le había bastado sorprender una vez a María llorando, para estrecharla contra su pecho y cubrirla de besos y de amor.

El cabo Silvestre, cuando lo supo, hizo otro tanto.

No tenían el corazón de piedra.

Desde aquel día, la muchacha, que crecía a ojos vistas y venía haciéndose una mujercita, fué considerada digna de las confidencias de los viejos, y supo toda la historia de la casita y del doctor Máximo, y todas las demás historias, incluso la de Rosita.

Ésta le fué confiada antes que las otras, para que aprendiese temprano a guardarse de los oficiales de caballería, que son peores que la peste, y hasta de los horteras y de los alfareros de Albissola, los cuales a veces tienen la lengua larga y las manos impertinentes.

Poco a poco, por vía de confidencias y de consejos, los dos ancianos habían llegado a querer de veras a aquella muchacha recogida en la calle, y a pensar con pena que, habiéndose dejado coger la casa por un doctor desgraciado, a su muerte María tendría que desalojarla, y llevar a otra parte sus canciones y su risa jovial.

Pero bajo el nuevo amor duraba el viejo; los vientos del mar habían soplado inútilmente contra la puerta de la casita blanca; en vano la lluvia había procurado borrar la afectuosa invitación que el cabo Silvestre retocaba con yeso cada mañana.

Sólo el nombre de Rosita ya casi no podía leerse, porque el papá no había querido tocarlo y Rosita no había vuelto.

Cuando empezaron a llegar bañistas a Albissola, cuando las casetas de Jerónimo, aumentadas hasta diez, volvieron a ser insuficientes, cuando los domingos aparecían en nuestra playa las compañías emigrantes de las aguas sucias del puerto de Savona, renació la esperanza en el ánimo de los dos viejos.

Algunas mañanas, salían de casa aunque no tuvieran necesidad de salir, porque ambos tenían el presentimiento y volvían con el corazón palpitante.

Pero Rosita no venía.

Un domingo, cuando ya no la esperaban, Rosita vino.

Vino a escondidas y, al parecer, sola, porque ni en la playa ni en el país nadie vió al hombrecito rechoncho que la había acompañado la primera vez.

Y vino en el tren de Savona, o más vulgarmente en el ómnibus, pues no era de creer que un coche de dos caballos, después de haber hecho resonar aquella mañana el empedrado de Albissola, se hubiese detenido bajo las arcadas del puente o al extremo del camino de las huertas de Faraggiana, sin haber llamado la atención de los albissolanos desocupados.

Vino pues un domingo, a la hora en que los dos viejos estaban en misa, entró en la casita blanca como la primera vez, besó a María, besó las almohadas sobre las cuales papá y mamá Silvestre apoyaban su cabeza canosa, dió una vuelta por las habitaciones, hablando poco, suspirando mucho, lo mismo que la primera vez, y se marchó luego, recomendando a María que no dijese nada a sus viejos.

Pero María se lo contó todo a los viejos, tan pronto como volvieron de misa, aunque lo hizo con cierto encogimiento, como si le costase trabajo faltar a la promesa hecha a la señora blanca.

— ¿Y era Rosita, es decir la señora de la otra vez? ¿No le cabía duda alguna a María?

Ninguna duda. Era realmente ella.

— ¿Y cómo estaba?, preguntó el cabo Silvestre en presencia mía.

— ¿Y cómo estaba?, insistió la señora Lucía quizá por vigésima vez.

Yo vi bien que María se turbaba, y que respondía con embarazo.

— ¿Cómo estaba? Pues estaba como la otra vez; quizás un poco más pálida. Efectivamente, estaba algo más pálida.

Y al decir esto, María se ponía encarnada.

«Está celosa», me dijeron las miradas de los dos viejos.

Y yo también pensé: «¡Pobre chical, está celosa.»

Poco a poco se pudo saber lo demás, esto es, que la señora blanca, Rosita, se había detenido en el umbral, a leer lo que el amor de papá y mamá habían venido escribiendo en la puerta de la casa; y que aquella invitación a la paz, renovada de continuo como un reto a las violencias del viento y de la lluvia, había conmovido a la pobre señora blanca al extremo de arrancarle abundantes lágrimas.

— ¿Y qué más?

— Nada más.

Yo teniendo ya nada que decir, María corrió a la cocina, y cantó con más fuerza que de costumbre, para aturdirse, hasta que la señora Lucía fué a reunirse con ella y la besó.

El cabo Silvestre, que se había quedado solo conmigo, se irritó los ojos a fuerza de enjugarse disimuladamente las lágrimas con el dorso de la mano, y me dijo que estaba contento, que era dichoso.

Y como a mí no me lo pareciese, el hombre se explicó mejor.

— Me alegro de que Rosita no se olvide de nosotros, me dijo; aunque no se deje ver, aunque no nos proporcione el consuelo de oír su voz, aunque no se nos eche al cuello para abrazarnos, como hacía todas las mañanas, me alegro; y Lucía también. Además, ¿quién sabe? quizá ahora no puede; pero algún día tal vez... Mientras tanto, sabe que nuestra casa está abierta para ella... hasta el día...

Se ocultó el rostro y terminó su pensamiento:

— ... Hasta el día que pase a ser la casa del doctor Máximo.

## XII

Una mañana fuí despertado con sobresalto por un mensajero afanoso.

El grueso doctor había sufrido otro ataque.

El grueso doctor se moría.

Me vestí apresuradamente y fuí corriendo a su casa.

Ya todo el mundo estaba allí.

Por la escalera recta y empinada subía delante de mí el médico mandado a buscar con toda urgencia.

En el rellano encontré a Jerónimo y en la antecámara al cabo Silvestre.

— ¿Le ha visto usted?, pregunté al viejo.

No le había visto, ni lo vería; no se atrevía a entrar en el cuarto del enfermo, porque sabía perfectamente que podía ser mal recibido.

— Me han dado la mala noticia ahora mismo, me dijo el viejo maestro de esgrima y aquí estoy, sin saber siquiera porqué; pero en fin, aquí estoy, no podía permanecer en mi casa mientras se moría; Lucía también ha querido venir, pero se ha quedado abajo, en una tienda, llorando, estoy seguro. Si las lágrimas pudiesen curar, el doctor Máximo se salvaría, porque Lucía llora; es como si yo lo viera.

La Checcheta apareció entreabriendo una puerta y me hizo seña de que entrase.

Estreché la mano al cabo Silvestre, y avancé.

El doctor Máximo estaba sentado en una butaca antigua, con la cabeza abandonada sobre un almohadón.

Tenía la mirada viva, pero el rostro demudado y la boca torcida.

— Doctor Máximo, dije.

Él me estuvo mirando un poco, y después, con la voz balbuciente y la boca contraída, como si hiciera una broma de mal género, me dijo:

— Vea usted, ya no puedo moverme, estoy clavado aquí; usted no ha visto los esfuerzos que he hecho para levantar el brazo sano, el que estaba sano hace dos horas; no he podido; quería estrecharle a usted la mano, pero estreche usted la mía, caballero...

Cogí su mano inerte y fría; él siguió mirándome y me dijo:

— No siento nada.

Y añadió momentos después:

— Me muero... No me lo esperaba. Dicen que *mueren jóvenes los que el cielo ama*. Pero ¿qué quiere de mí el cielo?.. ¿Ha llamado a un cura?

La Checcheta hizo una señal afirmativa.

— Pues que venga, prosiguió el doctor; nos entenderemos en pocas palabras; no quiero escandalizar al país; moriré como buen cristiano.

Breve pausa.

— Ha venido mucha gente. ¿Quién hay?

No vacilé en pronunciar el nombre del cabo Silvestre, y vi pasar una nube por la frente del moribundo.

— ¿Por qué no entra?

— No se atreve, teme disgustar a usted; hasta la señora Lucía ha venido, pero se ha quedado llorando abajo.

Y en seguida el viejo maestro de esgrima entreabrió la puerta y asomó por el hueco su blanca cabeza.

— Cabo Silvestre, repitió el doctor, ¡adelante!; no estoy enfadado con usted; se me pasó la cólera, y le he perdonado a usted. Me muero, cabo Silvestre.

Los ojos del viejo se llenaron de lágrimas.

Sin embargo contestó diciendo:

— Nos tocaba a nosotros, antes que a usted, a nosotros que somos viejos y no servimos para nada. Usted, joven y fuerte, podía aún vivir mucho tiempo; no hay justicia en la tierra; pero usted no debe morir... no morirá...

— Me muero, cabo Silvestre.

— No, señor, insistió el viejo; nos toca a nosotros antes; así está convenido y lo consignamos en papel sellado... Es imposible que usted muera, sin haber obtenido nuestra casita. ¿Cómo podremos vivir nosotros en paz si usted se muere?

— Mi heredero, dijo el doctor, les pagará el vitelicio hasta su muerte, y les recomiendo que vivan muchos años.

Quiso reír diciendo esto, e hizo una extraña mueca.

Entró el cura y nosotros nos retiramos a otra habitación.

Minutos después, la voz del doctor volvió a llamarnos.

— Ya está hecho todo, dijo él; ya está todo arreglado, ¿verdad, reverendo?

El cura no dijo que sí, ni dijo que no.

Todo aquel día fué un ir y venir de gente en casa del enfermo, y éste quiso ver a todo el mundo, y habló con cada cual, mientras le obedeció la lengua. Quería morir con desenvoltura, y no se rindió hasta lo último.

A cosa del mediodía me llamó y me dijo:

— Me voy; he hecho testamento; está ahí, dentro de la escribanía, en el primer cajón. Se lo suplico a usted, no me haga morir intestato; mi primo reventaría de satisfacción. Está dentro de un sobre amarillo, cójalo usted ahora...

Dentro de la escribanía, en el primer cajón, encontré un sobre amarillo, sellado, y se lo enseñé.

— Métaselo en el bolsillo, me dijo.

Y así lo hice.

— Cabo Silvestre, añadió el doctor, no llore usted; no tiene motivo para llorar; verá usted que así está mejor. Repito que le he perdonado.

A cosa de las dos, la lengua cesó de obedecerle, pero aun siguió hablando con la mirada; más tarde se esforzaba en tener los ojos abiertos; luego los cerró para no volver a abrirlos, y expiró a la entrada de la noche.

El testamento ológrafo del doctor Máximo nombraba heredero universal a un hospicio, dejando como legado al cabo Silvestre la casita de la ribera del Sansobia.



El viejo maestro de esgrima y su mujer estaban tan apenados por la muerte del doctor, y tal obstinación ponían en acusarse de haberle abreviado la vida, viviendo demasiado, que ni siquiera sintieron la alegría de verse otra vez dueños de la casita blanca.

Cuando el doctor Máximo fué conducido al pequeño cementerio, y ellos hubieron ido a rezar un *requiem* sobre la fosa reciente, me pareció que se habían tranquilizado, pues me anunciaron que, uno tras otro, habíamos de morir todos.

Entonces, la alegría de poder vivir tranquilamente, sin contrariar a nadie, hizo resplandecer sus canas.

En esto se equivocaban y se lo hice notar al cabo Silvestre.

— ¡Cómo!, dijo él; ahora que la casita vuelve a ser nuestra, y que también nosotros podemos disponer de ella por testamento, ¿quién puede desear nuestra muerte?

— Es verdad, nadie la desea, porque el heredero universal del doctor Máximo es un Hospicio, y pagará el vitalicio sin murmurar. Usted tiene razón.

— ¡El vitalicio!.. ¡El Hospicio!.. ¡Pero si la casita es nuestra!

No podían comprender que se les pudiese dejar la casita y el vitalicio al mismo tiempo, y tuve que explicarles largamente, para que no les pareciese una sutileza de abogado mal pasada, que la pensión mensual y la casita eran dos cosas que ya no tenían nada que ver entre sí, porque la pensión les estaba asegurada por un contrato *entre vivos*, y la propiedad de la casita procedía de un acto de última voluntad de persona capacitada para testar.

Él siguió meneando la cabeza, y llamó en su ayuda el juicio de su mujer.

— ¿Oyes, Lucía, nos dejan la pensión y no nos quitan la casita..., es esto posible?

La señora Lucía me miró para cerciorarse de que no me chanceaba, meneó también la cabeza, pero al fin no encontró mejor argumento que éste, que lisonjeó mi vanidad:

— ¡Si el señor abogado lo dice!

### XIII

Volviendo a Albissola el año siguiente, no me apresuré ya a dirigirme hacia el pequeño olivar en que se escondía la casita blanca, porque sabía que el cabo Silvestre y la señora Lucía estaban vivos y sanos, que ambos habían engordado un poco, que los dolorcitos vagabundos que habían experimentado en muchas partes del cuerpo cuando vivía el doctor Máximo, habían desaparecido todos; sabía que María estaba cada vez más robusta, que se volvía cada vez más guapa, y que cantaba siempre hasta perder el aliento.

Yo estaba enterado de todo esto, porque desde que era rico, el cabo Silvestre no reparaba en gastar de vez en cuando veinte céntimos para franquear una carta y darme noticias de su vida.

Una cosa me sorprendió al ir a la casita blanca: en la puerta se leía el escrito del cabo Silvestre, pero el nombre de Rosita había desaparecido.

— Yo lo leo todavía, me dijo el viejo maestro de armas.

¿Qué había sido de Rosita?

Esta había venido otra vez en el mes de enero, también un domingo, y también mientras los viejos estaban en la iglesia oyendo misa; había hablado con María, la había besado y se había vuelto a marchar. ¡No quería que papá y mamá la viesen!..

— Pero sigue queriéndonos, decía el cabo Silvestre suspirando. Si no nos quisiese, no vendría. Un domingo, estuve tentado de no ir a misa, para esperarla; el corazón me decía que iba a venir; pero no vino. Y más vale así; la hubiese disgustado.

Lo más singular de todo esto, era que María le había cobrado también un extraño afecto a Rosita. Conocer a Rosita y quererla era todo uno. ¿No había sido esto la causa de su desgracia?

De todas maneras honraba a María el hecho de que no estuviese celosa, de que hablase de la señora rubia en términos afectuosos, sin envidia, después de haber sabido que era su rival, y que también la esperase con impaciencia.

Aquel año, la playa de Albissola, poblada de casetas, de mujeres elegantes, era el orgullo de Jerónimo, a quien se veía con frecuencia a la orilla del mar, absorto en los más audaces designios.

Al lado de las casetas de Jerónimo, aquel año aparecieron otras de bañistas fieles, casetas caprichosas y memorables, que se recordarán en Albissola durante mucho tiempo.

Aquel año Albissola había visto el primer floreci-

miento de la banda municipal, una verdadera banda, compuesta de trompas, trombones, tambores, bombo, flautas y demás; una banda que en pocos días de estudio severo, había ya logrado lanzar a gran distancia por tierra y por mar las armonías del himno de Garibaldi.

Otras cosas grandes habían de suceder aquel año en Albissola.

La señora Lucía me había confesado que estaba segura de que, en la empresa en que había fracasado su marido, ella estaba segura de realizar su propósito, si Rosita volvía; y no le cabía la menor duda de que volvería.

— Sigue siendo la maulita de antes, aseguró, pero mamá Lucía nació mucho antes que ella; mamá Lucía peina canas.

He aquí lo que las canas habían sugerido a mamá Lucía:

Tan pronto como la señora rubia hubiese vuelto para hacer su acostumbrada visita, María subiría volando al desván, con un pretexto cualquiera, y colgaría del tragaluz una toalla; después diría a Rosita que los amos no volverían en toda la mañana.

De esta manera, ella y Miguel, volviendo a casa inmediatamente después de la misa, avisados por la toalla, se esconderían detrás de cualquier cosa, y podrían verla.

No sabía aún si después tendrían bastante fuerza de voluntad para dejarla partir sin abrazarla; pero en esto pensarían luego.

Todo dependía de María; si ésta sabía soltar la mentira sin ponerse colorada, la cosa iría bien.

La idea de la toalla no era mala; y María, con el permiso de la vieja, prometió decir la mentira sin dar que sospechar.

Pero Rosita, como si hubiese visto el lazo, no se dejaba coger; los domingos paraban y ella no volvía.

Una mañana el cabo Silvestre recibió un pliego certificado.

Fué un acontecimiento, porque el viejo no recordaba haber recibido nunca ningún certificado, a no ser del doctor Máximo, que en paz descansase, y de la administración del Hospicio que había sucedido al difunto en la obligación de servirle el vitalicio, y siempre el día último de cada mes.

Ahora estábamos a quince de julio. ¡Figúrense ustedes!

El cabo Silvestre, sospechando una desgracia, no había dicho nada a su mujer.

Y había hecho bien en no decirle nada, porque se trataba efectivamente de una desgracia, de una desgracia horrible.

¡Rosita había muerto!

El pliego contenía pocas líneas de un notario en un gran pliego de papel, y una larga carta llena de amor y de dolor, en que Rosita, sintiéndose morir, pedía perdón y enviaba el postrer adiós a papá y a mamá; una de esas cartas que aturden desde luego, y que se releen muchas veces para llorar mucho; una de esas cartas que se sellan poco a poco con lágrimas.

Cuando el cabo Silvestre me la enseñó, estaba ya medio sellada, ¡y la señora Lucía no la había visto aún!

El pliego contenía además un billete de mil liras del Banco Nacional, en que Rosita había escrito:

*Para María.*

— ¿Y ahora, que hago yo?, se preguntó el cabo Silvestre, mirando a su alrededor, como si tuviese miedo. Si se lo digo a mi mujer, se pone enferma; se muere; si no se lo digo... ¡Rosita mía! ¡Rosita amada!.. ¡Pobre Rosita!

No me sentí capaz de consolarlo.

— Déjemela usted leer también, dije.

Y releí en alta voz la carta conmovedora, a fin de que el cabo Silvestre, en vez de desatinar sobre su propio dolor, lo desahogase en lágrimas.

La carta de Rosita contenía un enigma, en que el viejo no se había fijado. Aludía a la visita hecha a la casita blanca, pero la decía expresamente *única*.

Sin embargo, sabíamos que Rosita había venido dos veces más a casa de los viejos.

El cabo Silvestre aquel día ni siquiera entendió mi observación, pero después le sorprendió a él también; y como él no encontrase nada que explicase el enigma, busqué yo algo.

— Tal vez, dije, le parecería acusarse demasiado, confesando haber tenido dos veces más el valor de venir a la casita y de haberse marchado sin esperar un beso de sus papás.

— Eso será, eso será, dijo el viejo maestro de esgrima.

— O quizá, añadí, después de haber rogado tanto a María que no dijese nada de sus últimas visitas, le pareció que debía callarlas.

— Eso será, eso será...

Mientras tanto, pasaban días; la señora Lucía seguía ignorando la desgracia, y el cabo Silvestre seguía preguntándose:

«¿Cómo se lo digo?»

Este pensamiento le tenía tan turbado, que hasta llamó la atención de María, que le preguntaba cada mañana:

— ¿Qué tiene usted, papá Silvestre?

Y porque él contestaba:

— No tengo nada.

Ella insistía:

— Yo sé muy bien lo que tiene.

Un domingo, el cabo Silvestre y su mujer me encontraron después de la misa. Una ojeada del viejo me bastó para comprender que la señora Lucía aún no sabía nada; pero sin aquella ojeada, también lo hubiera comprendido.

La vieja estaba agitada por su habitual presentimiento; tenía la voz quebrantada y parecía luchar entre el deseo de volverse inmediatamente a casa y el temor de volver demasiado pronto.

— Será hora de ir, ¿verdad, Miguel?, dijo. ¿Qué hora es, Miguel? Vamos poco a poco...

Ibamos poco a poco, pero poco a poco la señora Lucía nos dejaba atrás, y nos obligaba a apretar el paso para alcanzarla.

— ¡Qué pena!, murmuró el cabo Silvestre; ésta se imagina que Rosita está en casa esperándonos!.. Es una lástima engañarla así, y, sin embargo, ¿cómo hago yo ¡pobre de mí! para decirselo!

Al llegar al sendero de los morales, la señora Lucía se desvió para dirigir una mirada hacia los olivos, en un punto desde el cual se descubría la casa.

Apenas había llegado a su punto de observación, cuando dió un grito, y nos llamó agitando los brazos sin volverse.

— ¿Qué ha sido?, balbució el cabo Silvestre.

— ¡Rosita!, dijo la vieja con un hilo de voz.

— ¡Rosita! ¿Dónde?

— ¡Mira... allí... en el tragaluz... la toalla!

De la claraboya colgaba en efecto una toalla, pero nada más.

Y el viejo maestro de armas, que había palidecido por la conmoción de oír anunciar la fantasma de su muerta, se apretó la frente contra las manos.

— ¡Vamos!, dijo la señora Lucía, y nos tomó la delantera.

— ¿Qué idea ha tenido María de colgar una toalla en la claraboya del desván?, me preguntó el cabo Silvestre.

María estaba en la puerta de la casa; al vernos, se fué corriendo, pero volvió en seguida.

— ¿Ha venido?, preguntó mamá Lucía en voz baja; ¿dónde está?, dímelo al punto...

María miró furtivamente al papá, que no le preguntaba nada, e hizo esperar su respuesta.

— ¿Dónde? Dímelo...

— Se marchó, balbució la muchacha.

— No es verdad; se te salen los colores a la cara; está arriba; dímelo, María, no temas, soy fuerte.

María dió otra mirada al viejo, se puso aún más colorada, y repitió:

— De veras, se marchó. No quiso quedarse; pero dijo que volvería pronto...

— ¿Y cómo estaba? ¿Y qué ha hecho? ¿Y qué más ha dicho?, preguntó el cabo Silvestre con voz alterada por la emoción.

— Ha hecho como las otras veces; ha dado una vuelta por toda la casa, ha besado las almohadas... Entrando ha dicho... ¿qué es lo que ha dicho?.. esperen...

El cabo Silvestre no la dejó terminar; se precipitó hacia ella, en un arranque de ternura, que asustó mucho a la chica; le cogió la cabecita inteligente con sus manos trémulas y la estrechó contra su pecho.

— Esperen..., ahora me acuerdo..., dijo la muchacha.

— ¡Calla!, le murmuró el viejo besándola; ¡calla! Y añadió, dirigiéndose a la señora Lucía, que miraba extática la escena, sin comprender nada:

— ¡Calma, esposa mía! ¡Calma! No es verdad que Rosita haya venido; no es verdad que Rosita haya de volver... ¡Rosita no volverá! Pero tienes una hija en casa, una hija que te quiere mucho, y que no te dejará mientras vivas...

— ¡Rosita no ha venido!, murmuró la vieja... ¿Entonces?... ¿Y qué sabes tú si no volverá?

— Lo que sé, lo sabrás tú también, contestó el cabo Silvestre; pero más tarde. Ahora da un beso a María, dáselo... Y tú, alza la frente... Mira, cómo te has puesto colorada... No sabes decir mentiras... Dale un beso, Lucía, dáselo, se lo merece...



LA CACERÍA REGIA EN LA GRANJA. - EL ILUSTRE POETA ESCRITOR MAURICIO MAETERLINCK EN MADRID

*La cacería regia en La Granja.* - SS. MM. los Reyes Don Alfonso y D.<sup>a</sup> Victoria han permanecido algunos días en el Real Sitio de San Ildefonso, con objeto de asistir a una cacería de faisanes y de gamos.

*Maeterlinck en Madrid.* - Recientemente ha permanecido unos días en Madrid el ilustre escritor belga Mauricio Maeterlinck, acompañado de su no menos ilustre esposa, la eminente actriz Georgette Leblanc.

se infiltró profundamente en ellos; habló de su país negando la extendida creencia de que los flamencos, que constituyen una mitad de Bélgica, pertenecen a la misma familia germánica que los alemanes propiamente dichos, y afirmando que



La cacería regia en La Granja. - SS. MM. los Reyes D. Alfonso XIII (1) y D.<sup>a</sup> Victoria (2) presidiendo la comida en pleno campo. (Fot. de J. Vidal.)

Han acompañado a SS. MM. en su excursión cinegética los duques y duquesas de Santo Mauro, de Montellano y de Tarancón, el marqués y la marquesa de Viana, el conde y la condesa de Maceda, la marquesa de Villaviciosa, la vizcondesa de Fefiñana, los duques de Bivona y San Pedro Galatino, el marqués de Villavieja y otras personalidades distinguidas, entre ellas lord Jihsson, personaje inglés que estuvo a las órdenes de D. Alfonso XIII durante las varias estancias de éste en Londres.

Aunque el tiempo no se ha mostrado muy propicio a los expedicionarios, pues ha hecho un frío intensísimo y ha ne-

durante su breve estancia en la corte ha dado en el Ateneo una notable conferencia sobre Bélgica. El salón de actos de aquella docta corporación hallábase totalmente ocupado por una distinguida concurrencia, en la que figuraban literatos, artistas, hombres de ciencia y otros representantes de la intelectualidad madrileña.

Comenzó la sesión leyendo el insigne literato Sr. Martínez Sierra un hermoso trabajo haciendo la presentación de Maeterlinck, trazando una acertada semblanza de éste y enalteciendo su obra de poeta, de dramaturgo y de filósofo.

Seguidamente dió lectura Maeterlinck a su discurso, que fué interrumpido con frecuencia por entusiastas aplausos y coronado al final por una ovación estruendosa.

Comenzó describiendo en sentidos párrafos los sufrimientos

en sus venas tienen tanta sangre celta como la que circula por las de los ingleses, franceses y españoles; y terminó con un párrafo elocuente justificando la actitud de Bélgica al estallar la actual guerra y explicando la unión de todo el pueblo alrededor de su Rey.

En el propio Ateneo ha dado también una conferencia interesantísima la esposa de Maeterlinck, señora Georgette Leblanc, quien disertó con verdadera elocuencia acerca de la obra de su esposo, deteniéndose muy especialmente en el análisis de las canciones de la primera época, cuyo sentido poético y filosófico supo interpretar maravillosamente, y cuyo significado espiritual puso de manifiesto en períodos de verdadera inspiración.

Como complemento de su conferencia, cantó de un modo

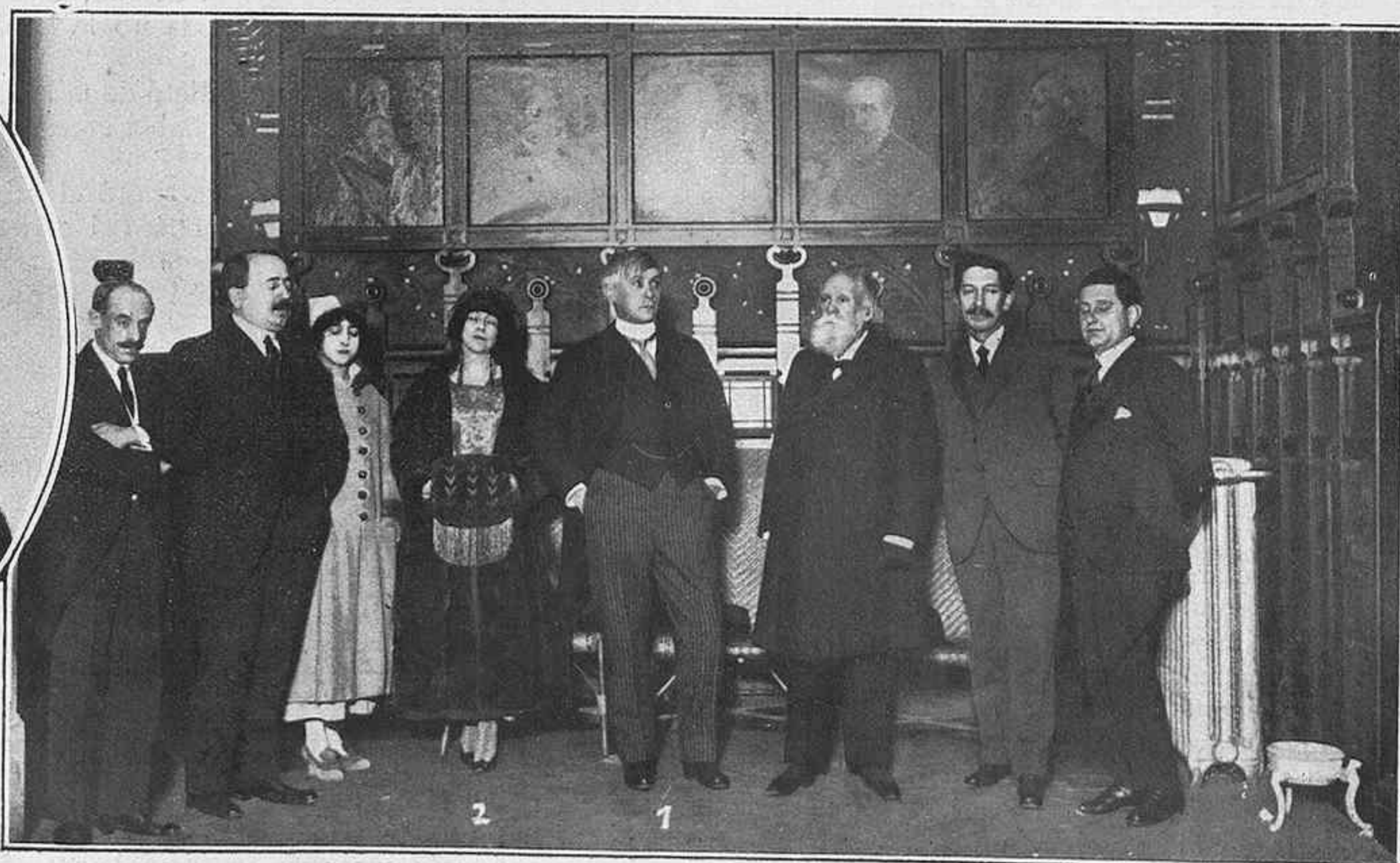


El ilustre escritor belga Mauricio Maeterlinck, que recientemente ha estado en Madrid con su esposa, la eminente actriz Georgette Leblanc. (De fotografía.)

vado en gran abundancia, pudieron efectuarse varios ojeos en los jardines del Real Sitio, habiéndose cobrado 1.700 faisanes y gran número de conejos.

En Riofrío se han efectuado dos cacerías de gamos, durante las cuales se cobraron 80 de estos animales.

En la cacería del primer día, a la que asistió el presidente del Consejo de Ministros, los expedicionarios almorzaron en pleno campo, en la Real posesión de Robledo.



El ilustre escritor belga Mauricio Maeterlinck (1) con su esposa la eminente actriz Georgette Leblanc (2) y varios importantes ateneístas después de la conferencia dada por el primero en el Ateneo. (De fotografía de J. Vidal.)

que está padeciendo su patria en estos momentos; dijo que España, la tierra clásica del heroísmo y de la caballeridad, es la nación en donde mejor puede penetrarse la belleza y comprenderse el valor del sacrificio realizado por Bélgica en aras de su deber; recordó con palabras levantadas la época de la dominación española en Bélgica, durante la cual sus compatriotas asistieron a nuestra escuela del honor, cuya idea

admirable algunas de las referidas canciones, acompañada al piano por el maestro Falla. La distinguida concurrencia que llenaba el salón del Ateneo tributó a la señora Leblanc una ovación tan cariñosa como entusiasta.

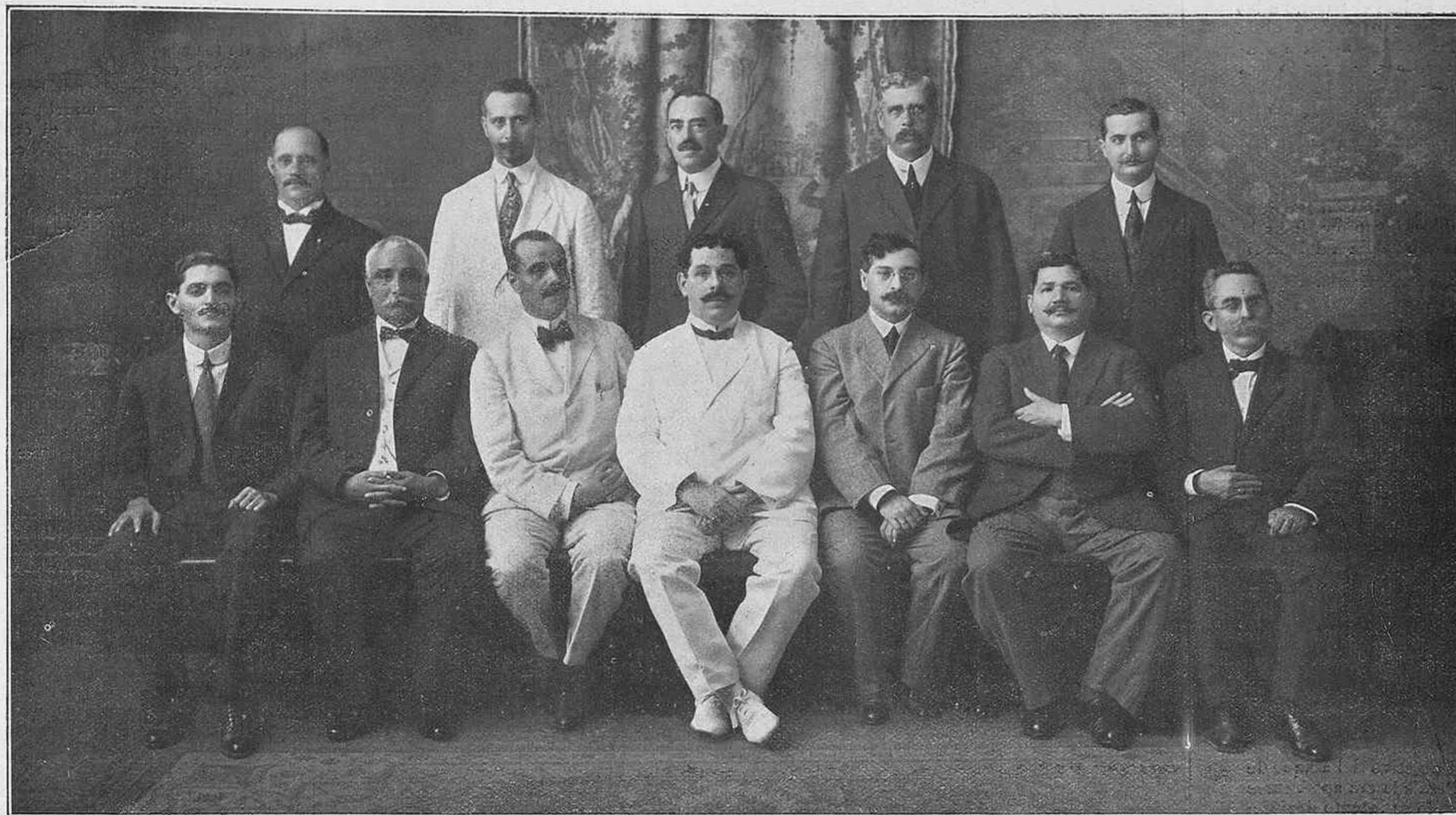
Antes de la conferencia, el distinguido escritor Sr. Barcia pronunció breves y elocuentes frases para hacer la presentación de la ilustre conferenciante.



PANAMÁ. - JUEGOS FLORALES CELEBRADOS EN CONMEMORACIÓN DEL TERCER CENTENARIO DE LA MUERTE DE CERVANTES  
Y DE LA FIESTA DE LA RAZA. (Fotografías remitidas por D. G. García.)

La Fiesta de la Raza se ha celebrado este año en el Istmo con más entusiasmo aún, si cabe, que en el año anterior. Es que con cada acto de éstos se va despertando con mayor fuerza el sentimiento latente de amor a España, a su historia grandiosa y a la lengua rica y fecunda

cepción en la Sociedad Española de Beneficencia. Los Juegos Florales fueron un gran éxito literario y la fiesta misma revistió una solemnidad y un brillo sin precedentes en la ciudad de Pedrarias; la Corte de Amor, ramillete deslumbrante de bellezas: los discursos, hermosos y



Comisión organizadora de los Juegos Florales. - Sentados de izquierda a derecha: Octavio Méndez Pereira, Nicolás Victoria J., Emilio de Motta, comitario regio de España; Guillermo Andreve, presidente de la comisión organizadora y secretario de I. P.; Narciso Garay, mantenedor de los Juegos Florales, y secretario de Relaciones Exteriores Melchor Lasso de la Vega y Gervasio García. - De pie en el mismo orden: Santos Jorge A., Roberto Lewis, Luis S. S. Ortega, Samuel Lewis y Jaime Rivas.

que ella difundió con su sangre por todo el Continente de Colón. Es este sentimiento de la raza, este anhelo de conservación de la índole propia, con desprecio de las influencias descastadoras, lo que ha inspirado todas las conferencias y discursos con que han celebrado los pueblos de la joven República el día 12 de octubre.

Coincidió en Panamá la conmemoración de esta fecha racial con la del tercer centenario

elocuentes; la selecta concurrencia, las flores, la música, las poesías premiadas, todo hizo de los Juegos Florales en el Teatro Nacional una fiesta sagrada del Arte. Hablaron D. Guillermo Andreve, presidente de la comisión organizadora y secretario de Instrucción Pública; el doctor Pablo Arosemena, presidente del jurado calificador del concurso y expresidente de la República, y D. Narciso Garay, el mantenedor, director del Conservatorio Nacional y secretario



La Reina y su Corte de Amor. - Sentadas de izquierda a derecha: Srtas. Colombia Valdés, Anita Ehrman, Essie Edwards, Raquel de la Guardia, Cecilia Espinosa, Mercedes Zubieta y María Ester Arango. - De pie en el mismo orden: Isabel Jiménez, Ida García de Paredes, Emmy Cardoze, Rosita García, Elena Veysset, Elizabeth Delgado y Marta Jorge

de la muerte de Cervantes, que había sido postergada desde el 23 de abril por la comisión organizadora respectiva. Los actos principales de las fiestas cervantinas consistieron en unos juegos florales, los primeros celebrados en Panamá; en la consagración de una plaza pública con el nombre de Cervantes - quien tendrá allí también una estatua - y en una suntuosa re-

de Relaciones Exteriores. Leyeron también sus poesías los poetas premiados, D. Enrique Geenzier (flor natural), D. Carlos de Sarabia Rasch (medalla de oro), presbítero Melitón Martín (medalla de plata), y el acto terminó, en medio de aplausos delirantes, con el Himno Nacional Panameño y la Marcha Real Española, ejecutada por la Banda Republicana.



## TRAVIESO AMOR

Desde su alcoba, oían Magdalena y su madre el tiroteado y asustadas las pobrecitas rezaban de rodillas delante de una imagen de la Virgen de los Dolores para que acabase pronto aquella lucha fratricida.

Menguaba poco a poco el rumor de la refriega y los tiros resonaban más lejos.

Los carlistas cedían el terreno a las tropas liberales y se batían sin duda en retirada..., y las dos mujeres sonrieron entre lágrimas, elevando sus ojos agradecidos a la santa imagen.

Pero de súbito oyeron maldiciones horribles y gritos roncacos, chocar de armas y rumor de rápidas carreras allí cerca de la casa. Magdalena, venciendo su curiosidad a su miedo y murmurando maquinalmente la oración sorprendida en sus labios, levantóse, fué a la ventana que daba a la plaza del Castillo y miró.

Nueva angustia oprimió su corazón y le hizo gritar:

— ¡Madre, madre!

Acudió la anciana al lado de la des-pavorida moza y las dos vieron que la guardia del polvorín — instalado en un pequeño torreón único resto del viejo castillo — se batía desesperadamente, cuerpo a cuerpo y a bayonetazo limpio con un grupo de zuavos carlistas mandados por un teniente de cara aviesa y ojos de chacal.

Unos y otros luchaban como fieras, porque sabían que en aquellos días de guerra sin cuartel entregarse era perder la vida. Y si un fusil se rompía, blandíase como una maza; si una bayoneta se quebraba, se esgrimía como un cuchillo.

Al ser rechazados los carlistas por las tropas que guarnecían Peralada, fueron perseguidas por éstas que, algo escasas, dejaron sólo en la villa a la guardia del polvorín.

Pero como el objetivo del ataque de los carlistas a Peralada era apoderarse de aquél, fracasado su intento decidieron volarlo y con él los pertrechos y armas que habían entrado en la villa unos días antes.

La audaz hazafia fué encargada a un teniente de zuavos, que escogió doce hombres de pelo en pecho, se metió con ellos en el cauce del río, y rodeando el pueblo, llegaron a los peñascos que sostenían los restos del castillo y treparon por ellos como gatos monteses.

La guardia del polvorín no dormía. Un soldadito joven vió al primer zuavo, dió la voz de alarma..., y de aquellos trece hombres sólo llegaron siete a la plaza del Castillo. Sus compañeros yacían exánimes o agonizantes en el álveo del río.

Irritados porque les había fallado la sorpresa que intentaban y ávidos por vengar a sus compañeros, los zuavos cayeron como demonios sobre los cinco hombres que defendían la puerta del viejo torreón.

Entre aquellos cinco valientes que defendían el polvorín y el pueblo, pues si aquél volaba la pequeña villa murada volaría también, estaba Miguel, aquel soldadito bueno y tímido, que se ponía colorado hasta los ojos cuando tropezaba con Magdalena en la fuente o en las eras, y del que se burlaban las mozas precisamente porque a ninguna requirió de amores y sólo por Magdalena tenía preferencias que ella pagaba con burlas y desprecio.

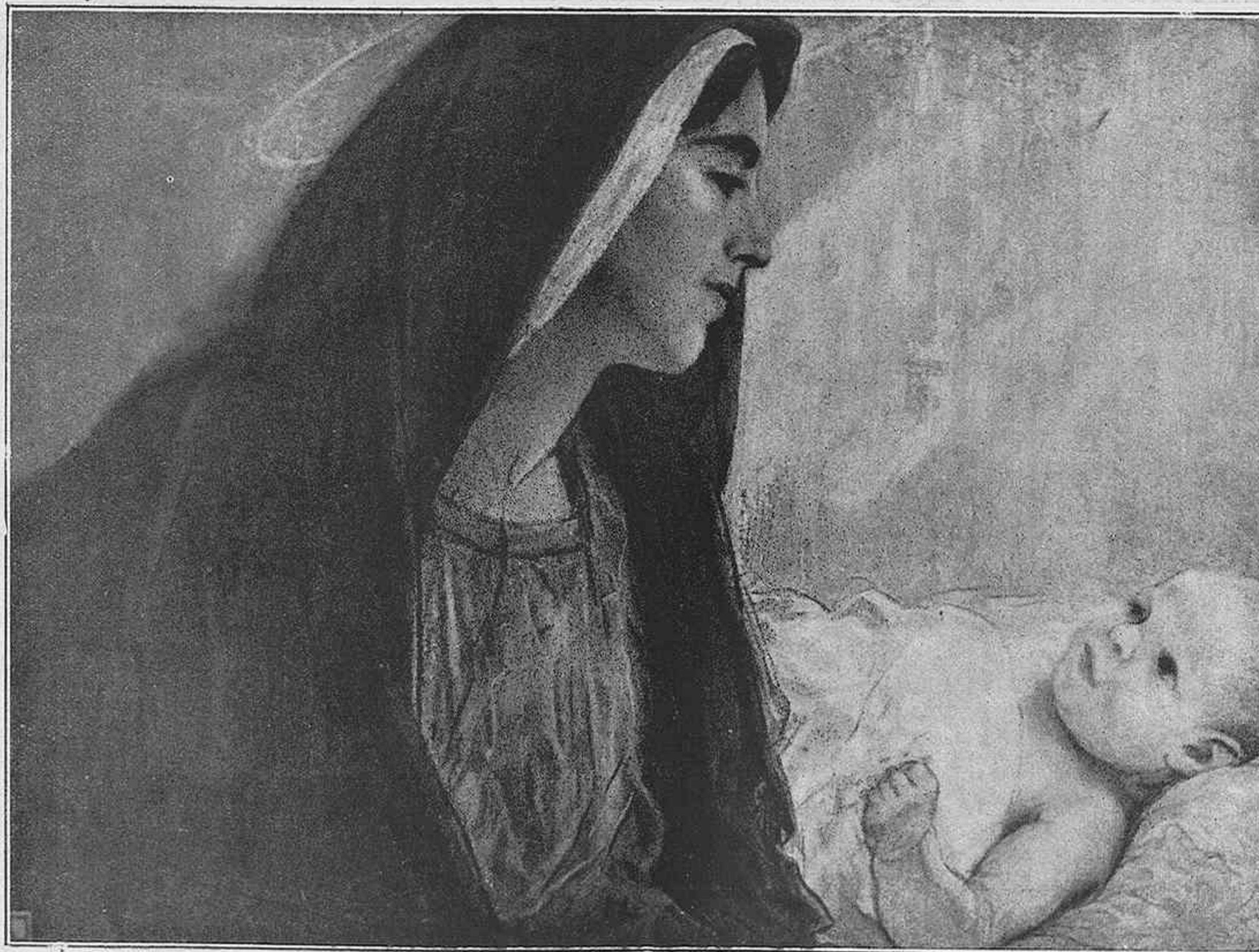
Y ahora, aquel soldadito guapo y ruboroso estaba en primer lugar, cortando el paso a aquellos zuavos enormes que con sendos fusiles y mechas encendidas se acercaban con siniestras intenciones al polvorín. Y era Miguel quien como un león defendía aquella puerta tras la que aleteaba la muerte, aquel soldado que al ver despreciado su amor por última vez, dejó salir a sus ojos lágrimas de dolor, de despecho y de coraje, viendo alejarse altiva y soberbia a Magdalena, que cruel y dura con el pobre muchacho, tuvo el orgullo de referir a sus amigos que Miguel, aquel soldado que perseguía a los mozos de Peralada que estaban en la facción, «había llorado por ella». Y todo el pueblo hizo burla del hombre que vestía uniforme y lloraba por una mujer, llegando el caso hasta ser reprendido Miguel por su teniente:

— ¡Eres un estúpido, muchacho! Una mujer no merece que un militar lllore por ella. ¡Al contrario! ¡Que lloren ellas por nosotros!

— ¿Pero eso lo ha dicho Magdalena?, gimió el mozo cuando se quedó solo con sus compañeros. Y al decirle que la propia Magdalena refirió entre risas y burlas la escena de la fuente, el pobrecito calló y se comió solo su pena...



Retrato de la señorita doña Elvira Quer, pintado por F. Beltrán Masses (De fotografía de F. Serra.)



Navidad, cuadro de A. Mas y Fondevila. (De fotografía de F. Serra.)

Ahora era Magdalena quien lloraba ríos de lágrimas viendo reír como un león a Miguel y a sus compañeros con aquellas fieras que intentaban incendiar el polvorín y volar el pueblo y con él la casa de Magdalena, la más cercana al castillo. El solo tenía a raya a dos zuavos... La lucha continuaba terrible y sorda. En uno de los accidentes de ella levantó la cabeza Miguel, vió en la ventana el hermoso rostro de Magdalena, dió un rugido de león y hundió su bayoneta en el pecho de uno de los zuavos, que cayó «como cuerpo muerto cae». Miguel dió un salto atrás viéndose acosado por otro enemigo y le disparó a quemarropa su fusil. El segundo zuavo libró el cuerpo y cayó sobre Miguel, y riendo como dos rivales cuerpo a cuerpo, con manos, con uñas y con dientes.

Magdalena, que contemplaba la terrible lucha, sorbióse sus lágrimas y levantándose soberbia y magnífica dijo a su madre:

— ¡Voy a salvar a ese valiente que defiende el castillo, el pueblo y nuestras vidas!

Y dejando extática a la atribulada anciana, bajó la escalera, abrió la puerta de la calle, volvió a cerrarla y guardándose la llave en el pecho, arrimada a las paredes salió de la plaza, llegó a las puertas de la villa que guarnecían unos cuantos vecinos con escopetas, contóles lo que ocurría y allá corrieron todos como alma que lleva el diablo.

Y lo que ocurrió entonces es inútil narrarlo ya.

Miguel y sus compañeros heridos todos y desangrándose, defendían aún la puerta del polvorín contra los ataques del teniente de zuavos y su gente que les intimaban ferozmente la rendición. El cabo de la guardia, yacía sin vida atravesado en la puerta del torreón, como diciendo que sólo pasando sobre él entrarían en el polvorín. Cogidos éstos entre dos fuegos, pronto fueron dominados y vencidos quedando prisioneros los que escaparon de la refriega con vida. Sólo escapó el teniente, que se arrojó al río y huyó entre los matorrales.

Cuando el coronel y toda la oficialidad de las fuerzas que guarnecían a Peralada le colocó los galones de cabo en la bocamanga y la cruz de San Fernando en el pecho a Miguel, en la cama del hospital de sangre, se le acercó un compañero y le dijo al herido, quedamente:

— ¡Aquella moza que se rió de ti porque llorabas por ella... es la que te ha salvado la vida!

— ¡No puede ser! ¡Magdalena me odia!

— ¡Qué sabes tú de querer, Miguel! Todos los días viene a preguntarte por ti...

Miguel no oyó más: su cabeza cayó desvanecida sobre la ensangrentada almohada...

Cuando el desdeñado amador, convaleciente de sus heridas, paseaba por las calles de Peralada, apoyado en un cayado y luciendo en el pecho la gloriosa cruz, evitaba siempre pasar por la casa de Magdalena.

Un día se encontró de manos a boca con la moza, que acompañada de su madre tornaba del río.

Ambos se miraron con ansia, el mozo inválido y la niña ojerosa. Temblaron sus labios como quien desea y no se atreve a hablar y huyeron al fin uno de otro.

— ¡No me quiere!, gemía él.

— ¡No me quiere!, gemía ella.

La noche era oscura. Soplaban el vendaval húmedo y fresco, dando latigazos tremendos a todo cuanto se oponía a su paso. La heroica villa dormía tranquila bajo la custodia de la pequeña guarnición.

Miguel, restablecido ya, prestaba el servicio de vigilancia de las guardias. Cerca de las puertas de la villa, vió un bulto que parecía ocultarse en la oquedad de un portal; y dando un paso atrás le apuntó con su fusil, gritándole:

— ¿Quién vive?

Una voz dolorida de mujer le respondió desde lo oscuro:

— ¡Tira, Miguel! ¡Toda la razón está de tu parte! Magdalena soy que quiere borrar con sus lágrimas las

que te hizo derramar en la fuente y la vergüenza de haberlo dicho...

— ¡Magdalena!, suspiró Miguel bajando con manos temblorosas el arma.

— Sí, Magdalena..., que ve que no vas tú a ella... y ella viene a ti... ¿Me perdonas?

No se oyó la respuesta. El furioso vendaval, casto y púdico, ahogó con sus rugidos el rumor que produjo el travieso rapaz de las alas de oro al pasar por Peralada aquella noche tempestuosa en la que dos almas se unieron para siempre.

B. MORALES SAN MARTÍN.